



D.H. Lawrence

El Hombre
Que Murió

E LEJANDRIA



D.H. Lawrence

El Hombre
Que Murió

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL HOMBRE QUE MURIÓ

D. H. LAWRENCE

PUBLICADO: 1929
FUENTE: PROJECT GUTENBERG AUSTRALIA
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

TAMBIÉN CONOCIDO COMO EL GALLO ESCAPADO

I

Cerca de Jerusalén vivía un campesino que adquirió un joven gallo de pelea; parecía una cosilla desmedrada, pero conforme avanzaba la primavera le salieron plumas briosas y, para cuando las higueras empezaban a brotar hojas en las puntas de sus ramas, resplandecía con un cuello arqueado y anaranjado.

Este campesino era pobre; vivía en una choza de adobe y por todo territorio solo tenía un pequeño y sucio patio interior con una robusta higuera. Trabajaba duro entre las viñas, los olivos y el trigo de su amo, y luego volvía a casa para dormir en la choza de adobe junto al camino. Pero estaba orgulloso de su joven gallo. En el patio cerrado había tres gallinas desaliñadas que ponían huevos pequeños, perdían las pocas plumas que tenían y producían una cantidad desproporcionada de suciedad. También había, en un rincón bajo un techo de paja, un asno apático que a menudo salía a trabajar con el campesino, aunque a veces se quedaba en casa. Y estaba la mujer del campesino, una joven de cejas negras que no trabajaba demasiado. Arrojava un poco de grano, o los restos de las gachas, a las aves, y con una hoz cortaba forraje verde para el asno.

El joven gallo alcanzó cierto esplendor. Por algún capricho del destino, era un gallo presumido en aquel patinillo sucio con tres gallinas trasquiladas. Aprendió a estirar el cuello y a dar agudas respuestas a los cantos de otros gallos, más allá de los muros, en un mundo del que nada sabía. Pero su canto tenía un color especialmente fogoso, y la llamada lejana de los otros gallos lo despertaba en estallidos inesperados.

—Cómo canta —dijo el campesino, mientras se levantaba y se ponía la camisa de diario por la cabeza.

—Vale para veinte gallinas —dijo la mujer.

El campesino salió y contempló con orgullo a su joven gallo. Un ave insolente y llamativa que ya había conocido en última instancia a las tres gallinas hechas jirones. Pero el gallito ladeaba la cabeza, escuchando el desafío de gallos lejanos e invisibles, en el mundo desconocido. Voces fantasmales que le cantaban misteriosamente desde el limbo. Él respondía con un desafío rotundo, sin dejarse intimidar jamás.

—Seguro que un día de estos se irá volando —dijo la mujer del campesino.

Así que lo engatusaron con grano, lo atraparon —aunque luchó con todas sus alas y patas— y le ataron una cuerda alrededor de la caña, sujetándola contra el espolón; y el otro extremo de la cuerda lo ataron al poste que sostenía el cobertizo de paja del asno.

El joven gallo, una vez libre, se alejó de los humanos con un pavoneo indignado, llegó al final de su cuerda, dio un tirón y un traspie con su pata atada, cayó por un momento, se revolvió frenéticamente en el suelo de tierra inmundo, para horror de las gallinas desaliñadas, y luego, con una sacudida nauseabunda, se puso en pie y se quedó pensando. El campesino y su mujer rieron a carcajadas, y el joven gallo los oyó. Y supo, con una certeza sombría y premonitoria, que estaba atado por la pata.

Ya no se pavoneaba, ni ahuecaba las plumas, ni se erguía. Caminaba dentro de los límites de su atadura, sombrío. Aun así, engullía los mejores trozos de comida. Aun así, a veces, guardaba un bocado extra para su gallina favorita del momento. Aun así, se abalanzaba con un temblor fiero y oscilante sobre aquellas de su harén que se acercaban despreocupadamente a su alcance y desprendían el señuelo invisible. Y aun así, cantaba desafiante a los cantos de gallo que llovían desde el limbo al amanecer.

Pero ahora había una voracidad siniestra en su forma de engullir la comida, y un triunfo contenido en su forma de apoderarse de las desaliñadas gallinas. Su voz, sobre todo, había perdido el oro pleno de su clangor. Estaba atado por la pata, y lo sabía. Cuerpo, alma y espíritu estaban atados por esa cuerda.

Por debajo, sin embargo, la vida en él permanecía tenazmente intacta. Era la cuerda la que debía romperse. Así que una mañana, justo antes del alba, despertando de su letargo con una súbita oleada de fuerza, saltó hacia adelante sobre sus alas y la cuerda se partió. Lanzó un graznido salvaje y extraño, se elevó de un solo impulso hasta lo alto del muro y allí cantó un canto fuerte y desgarrador. Tan fuerte que despertó al campesino.

Al mismo tiempo, a la misma hora antes del amanecer, en la misma mañana, un hombre despertó de un largo sueño en el que estaba atado. Despertó entumecido y frío, dentro de un hueco tallado en la roca. Durante todo el largo sueño su cuerpo había estado lleno de dolor, y seguía lleno de dolor. No abrió los ojos. Sin embargo, sabía que estaba despierto, y entumecido, y frío, y rígido, y lleno de dolor, y atado. Su rostro estaba ceñido por vendas frías, sus piernas estaban vendadas juntas. Solo sus manos estaban sueltas.

Podía moverse si quería: lo sabía. Pero no quería. ¿Quién querría volver de entre los muertos? Una náusea profunda, muy profunda, se agitó en él ante la premonición del movimiento. Ya resentía el hecho del movimiento extraño e incalculable que ya había tenido lugar en él: el regreso a la conciencia. No lo había deseado. Había querido quedarse fuera, en el lugar donde hasta la memoria es piedra muerta.

Pero ahora, algo le había regresado, como una carta devuelta, y en ese regreso yacía abrumado por una sensación de náusea. Sin embargo, de repente sus manos se movieron. Se levantaron, frías, pesadas y doloridas. Sin embargo, se levantaron para quitar la tela de su rostro y empujar las vendas de los hombros. Luego cayeron de nuevo, frías, pesadas, entumecidas, y enfermas de haberse movido siquiera tanto, indeciblemente reacias a moverse más.

Con el rostro despejado y los hombros libres, volvió a desvanecerse y yació muerto, descansando en la fría nulidad de estar muerto. Era lo más deseable. Y casi lo tenía por completo: la absoluta y fría nulidad de estar fuera.

Sin embargo, cuando estaba a punto de irse, de repente, impulsado por un dolor en las muñecas, sus manos se levantaron y empezaron a empujar las vendas de sus rodillas, sus pies comenzaron a agitarse, aun cuando su pecho yacía frío y muerto.

Y por fin, los ojos se abrieron. A la oscuridad. ¡La misma oscuridad! Aunque quizás había una pálida rendija de la perturbadora luz, forzando la apertura de la oscuridad pura. No podía levantar la cabeza. Los ojos se cerraron. Y de nuevo todo había terminado.

Entonces, de repente, se incorporó, y el gran mundo se tambaleó. Las vendas se cayeron. Y estrechas paredes de roca se cerraron sobre él y le produjeron la nueva angustia del encierro. Había rendijas de luz. Con una oleada de fuerza que provenía de la repulsión, se inclinó hacia adelante, en aquel estrecho pozo de roca, y apoyó sus frágiles manos en la roca cerca de las rendijas de luz.

La fuerza vino de alguna parte, de la repulsión; hubo un estruendo y una oleada de luz, y el hombre muerto estaba agazapado en su guarida, enfrentándose a la embestida animal de la luz. Apenas amanecía. Y la extraña y penetrante agudeza del aliento del alba estaba sobre él. Significaba el despertar completo.

Lenta, lentamente, se deslizó desde la celda de roca con la cautela del amargamente herido. Vendas y lino y perfume cayeron, y se agazapó en el suelo contra la pared de roca, para recuperar el olvido. Pero vio sus pies heridos tocando de nuevo la tierra, con un dolor indecible, la tierra que no debían tocar más, y vio sus delgadas piernas que habían muerto, y un dolor incognoscible, un dolor como una desilusión corporal absoluta, lo llenó tanto que se puso en pie, con una mano desgarrada en el borde de la tumba.

¡Estar de vuelta! ¡Estar de vuelta otra vez, después de todo aquello! Vio las fajas de lino caídas alrededor de sus pies muertos y, agachándose, las recogió, las dobló y las volvió a colocar en la cavidad rocosa de la que había emergido. Luego tomó la sábana de lino perfumado, se la envolvió como un manto y se alejó, hacia la palidez del frío amanecer.

Estaba solo; y habiendo muerto, estaba incluso más allá de la soledad.

Aún lleno de la enfermedad de una desilusión indecible, el hombre descendió con pies doloridos por la ladera rocosa, pasando junto a los soldados dormidos, que yacían envueltos en sus mantos de lana bajo los laureles silvestres. Silencioso, con los pies desnudos y llenos de cicatrices, envuelto en un sudario de lino blanco, miró por un momento los cuerpos inertes y amontonados de los soldados. Eran repulsivos, una lenta sordidez de miem-

bros, pero sintió una cierta compasión. Siguió adelante hacia el camino, no fuera que se despertaran.

Como no tenía a dónde ir, se apartó de la ciudad que se alzaba sobre sus colinas. Siguió lentamente el camino que se alejaba de la ciudad, pasando los olivos, bajo los cuales las anémonas púrpuras se inclinaban en el frío del amanecer, y una hierba de un verde intenso crecía espesa. El mundo, el mismo de siempre, el mundo natural, rebosante de verdor, un ruiseñor que llamaba con encanto, con nostalgia, con persuasión desde los arbustos junto a un arroyuelo, en el mundo, el mundo natural de la mañana y de la tarde, siempre inmortal, del que él había muerto.

Continuó, con los pies llenos de cicatrices, sin ser de este mundo ni del siguiente. Ni aquí ni allá, ni viendo ni tampoco ciego, pasó vagamente, alejándose de la ciudad y sus alrededores, preguntándose por qué viajaba, pero impulsado por una tenue y profunda náusea de desilusión, y una resolución de la que ni siquiera era consciente.

Avanzando en una especie de semiconsciencia bajo el muro de piedra seca del olivar, lo despertó el canto agudo y salvaje de un gallo muy cerca de él, un sonido que le hizo temblar como si la electricidad lo hubiera tocado. Vio un gallo negro y naranja en una rama sobre el camino, y luego, corriendo entre los olivos del nivel superior, a un campesino con una túnica gris de lana. Saltando desde el verdor, apareció el gallo negro y naranja con la cresta roja, las plumas de su cola fluyendo lustrosas.

— ¡Oh, deténgalo, señor! — gritó el campesino—. ¡Mi gallo escapado!

El hombre al que se dirigía, con un súbito destello de sonrisa, abrió sus grandes alas blancas de sudario frente al ave que saltaba. El gallo retrocedió con un graznido y un aleteo, el campesino saltó hacia adelante, hubo un terrible batir de alas y un zumbido de plumas, y luego el campesino tuvo al gallo escapado a salvo bajo el brazo, con las alas plegadas, el rostro estirado hacia adelante con locura, sus ojos redondos desorbitados en sus blancas carúnculas.

— ¡Es mi gallo escapado! — dijo el campesino, calmando al pájaro con la mano izquierda, mientras miraba sudoroso el rostro del hombre envuelto en lino blanco.

El campesino mudó el semblante y se quedó paralizado al mirar el rostro blanco como la muerte del hombre que había muerto. Aquel rostro blanco como la muerte, tan inmóvil, con la barba negra creciendo en él como en la muerte; y aquellos ojos abiertos, negros, sombríos, ¡que habían muerto! ¡y aquellas cicatrices lavadas en la frente cerúlea! Al hombre de sangre lenta del campo se le cayó la mandíbula, en una incapacidad infantil para afrontar la situación.

—No tengas miedo —dijo el hombre del sudario—. No estoy muerto. Me bajaron demasiado pronto. Así que he resucitado. Pero si me descubren, lo volverán a hacer todo de nuevo...

Hablaba con una voz de viejo disgusto. ¡La humanidad! ¡Especialmente la humanidad con autoridad! Solo había una cosa que podía hacer. Miró con ojos negros e indiferentes los ojos vivos y huidizos del campesino. El campesino se acobardó y quedó impotente bajo la mirada de indiferencia mortal y extraña y fría resolución. Solo pudo decir lo único que temía decir:

—¿Quiere ocultarse en mi casa, señor?

—Descansaré allí. Pero si se lo dices a alguien, ya sabes lo que pasará. Tendrás que presentarte ante un juez.

—¡Yo! No hablaré. ¡Démonos prisa!

El campesino miró a su alrededor con miedo, preguntándose con malhumor por qué se había metido en esta condena. El hombre de los pies con cicatrices subió con dificultad hasta el nivel del olivar y siguió al campesino hosco y apresurado a través del trigo verde entre los olivos. Sintió la fresca sedosidad del trigo joven bajo sus pies que habían estado muertos, y la aspereza de su vida separada se le hizo patente. En los bordes de las rocas, vio los capullos sedosos y de pelo plateado de la anémona escarlata inclinándose hacia abajo. Y ellos también estaban en otro mundo. En su propio mundo estaba solo, completamente solo. Estas cosas a su alrededor estaban en un mundo que nunca había muerto. Pero él mismo había muerto, o lo habían matado para sacarlo de él, y todo lo que quedaba ahora era la gran náusea vacía de la desilusión absoluta.

Llegaron a una choza de arcilla, y el campesino esperó abatido a que pasara el otro hombre.

—¡Pase! —dijo—. ¡Pase! No nos han visto.

El hombre del lino blanco entró en la habitación de tierra, llevando consigo el aroma de extraños perfumes. El campesino cerró la puerta y pasó por el umbral interior al patio, donde el asno estaba dentro de los altos muros, a salvo de robos. Allí, el campesino, con gran inquietud, ató al gallo. El hombre del rostro cerúleo se sentó en una estera cerca del hogar, pues estaba agotado y apenas consciente. Sin embargo, oyó fuera el susurro del campesino a su mujer, pues la mujer había estado observando desde el tejado.

Al poco rato entraron, y la mujer se cubrió el rostro. Vertió agua y puso pan e higos secos en un plato de madera.

— ¡Coma, señor! — dijo el campesino —. ¡Coma! Nadie lo ha visto.

Pero el forastero no tenía ningún deseo de comer. Sin embargo, humedeció un poco de pan en el agua y se lo comió, pues la vida debía continuar. Pero el deseo estaba muerto en él, incluso el de comer y beber. Había resucitado sin deseo, sin siquiera el deseo de vivir, vacío salvo por la abrumadora desilusión que yacía como una náusea donde había estado su vida. Sin embargo, quizás, más profundo aún que la desilusión, había una resolución sin deseo, más profunda incluso que la conciencia.

El campesino y su mujer estaban de pie cerca de la puerta, observando. Vieron con terror las heridas lívidas en las manos delgadas y cerúleas y en los pies delgados del forastero, y las pequeñas laceraciones en la frente aún muerta. Olieron con terror el aroma de ricos perfumes que emanaba de él, de su cuerpo. Y miraron el lino fino, níveo y costoso. Quizás realmente era un rey muerto, de la región de los terrores. Y él seguía frío y remoto en la región de la muerte, con perfumes que salían de su cuerpo transparente como de alguna flor extraña.

Habiendo tragado con dificultad un poco de pan humedecido, levantó los ojos hacia ellos. Los vio tal como eran: limitados, mezquinos en su vida, sin ningún esplendor de gesto ni de valor. Pero eran lo que eran, partes lentas e inevitables del mundo natural. No tenían nobleza, pero el miedo los hacía compasivos.

Y el forastero volvió a sentir compasión por ellos, pues sabía que responderían mejor a la amabilidad, devolviendo a su vez una amabilidad torpe.

—No tengáis miedo —les dijo con dulzura—. Dejadme quedarme un tiempo con vosotros. No me quedaré mucho. Y luego me iré para siempre. Pero no tengáis miedo. No os sobrevendrá ningún mal por mi causa.

Le creyeron al instante, pero el miedo no los abandonó. Y dijeron:

—¡Quédese, señor, todo el tiempo que quiera. ¡Descanse! ¡Descanse tranquilo! —Pero tenían miedo.

Así que los dejó en paz, y el campesino se fue con el asno. El sol había salido brillante, y en la casa oscura con la puerta cerrada, el hombre estaba de nuevo como en la tumba. Así que le dijo a la mujer: «Me gustaría tumbarme en el patio».

Y ella barrió el patio para él, le puso una estera, y él se tumbó bajo el muro al sol de la mañana. Allí vio las primeras hojas verdes brotando como llamas de los extremos de la higuera enclaustrada, saliendo de la desnudez hacia el cielo primaveral. Pero el hombre que había muerto no podía mirar, solo yacía muy quieto al sol, que aún no estaba demasiado caliente, y no tenía ningún deseo en él, ni siquiera de moverse. Pero yacía con sus delgadas piernas al sol, su cabello negro y perfumado cayendo en los huecos de su cuello, y sus brazos delgados e incoloros completamente inertes. Mientras yacía allí, las gallinas cloqueaban y escarbaban, y el gallo escapado, atrapado y atado de nuevo por la pata, se acurrucaba en un rincón.

La campesina estaba asustada. Se asomaba y, al verlo sin moverse, temía tener un hombre muerto en el patio. Pero el sol se había hecho más fuerte, él abrió los ojos y la miró. Y ahora ella tenía miedo del hombre que estaba vivo, pero no decía nada.

Abrió los ojos y vio el mundo de nuevo, brillante como el cristal. Era la vida, en la que ya no tenía parte. Pero brillaba fuera de él, el cielo azul y una higuera desnuda con pequeños chorros de hojas verdes. Brillante como el cristal, y él no era parte de ello, pues el deseo había fallado.

Sin embargo, estaba allí, y no se había extinguido. El día pasó en una especie de coma, y al atardecer entró en la casa. El campesino volvió a casa, pero estaba asustado y no tenía nada que decir. El forastero también comió un poco del guiso de habas. Luego se lavó las manos, se volvió hacia la pared y guardó silencio. Los campesinos también guardaron silencio. Ob-

servaron dormir a su huésped. El sueño estaba tan cerca de la muerte que todavía podía dormir.

Sin embargo, cuando salió el sol, volvió a tumbarse en el patio. El sol era lo único que lo atraía y lo mecía, y todavía quería sentir el aire fresco de la mañana en sus fosas nasales, ver el cielo pálido sobre su cabeza. Todavía odiaba estar encerrado.

Al salir, el joven gallo cantó. Era un grito disminuido, contenido, pero había en la voz del pájaro algo más fuerte que el despecho. Era la necesidad de vivir, e incluso de proclamar el triunfo de la vida. El hombre que había muerto se quedó mirando al gallo que se había escapado y había sido atrapado, erizando las plumas, irguiéndose sobre las puntas de sus patas, levantando la cabeza y abriendo el pico en otro desafío de la vida a la muerte. Los valientes sonidos resonaron, y aunque disminuidos por la cuerda alrededor de la pata del ave, no fueron acallados. El hombre que había muerto miró la vida con desnudez y vio por doquier una vasta resolución lanzándose en crestas de olas tormentosas o sutiles, puntas de espuma emergiendo del azul invisible, un gallo negro y naranja o las verdes lenguas de fuego de los extremos de la higuera. Surgían, estas cosas y criaturas de la primavera, resplandecientes de deseo y de afirmación. Venían como crestas de espuma, de la inundación azul del deseo invisible, del vasto mar invisible de fuerza, y venían coloreadas y tangibles, evanescentes, pero inmortales en su llegada. El hombre que había muerto contemplaba el gran impulso hacia la existencia de las cosas que no habían muerto, pero ya no veía su trémulo deseo de existir y de ser. En su lugar, oía su resonante, resonante, desafiante reto a todas las demás cosas existentes.

El hombre yacía inmóvil, con los ojos que habían muerto ahora bien abiertos y oscuramente quietos, viendo la eterna resolución de la vida. Y el gallo, con su mirada plana y brillante, le devolvía la mirada, con la mirada a medias de un pájaro. Y siempre el hombre que había muerto no veía solo al pájaro, sino la corta y aguda ola de vida de la que el pájaro era la cresta. Observaba el extraño movimiento picoteador de la criatura mientras engullía los restos de comida; su mirada del ojo de la vida, siempre alerta y vigilante, arrogante y cautelosa, y la voz de su vida, cantando triunfo y afirmación, pero estrangulada por una cuerda de circunstancia. Le parecía oír el extraño lenguaje de la vida misma, cuando el gallo imitaba triunfalmente el cacareo de la gallina favorita, cuando había puesto un huevo, un cacareo

que aún tenía, en el ave macho, el hueco despecho de la cuerda alrededor de su pata. Y cuando el hombre le arrojó un trozo de pan al gallo, este llamó con una extraordinaria ternura arrulladora, alborotando y guardando el bocado para las gallinas. Las gallinas corrieron ávidamente y se llevaron el bocado más allá del alcance de la cuerda.

Luego, caminando complacientemente tras ellas, de repente la pata del ave macho se enganchaba al final de su atadura, y cedía con una especie de colapso. Su bandera caía, parecía disminuir, se acurrucaba en la sombra. Y era joven, las plumas de su cola, por muy lustrosas que fueran, no estaban completamente desarrolladas. No fue hasta el atardecer que la marea de la vida en él le hizo olvidar. Entonces, cuando su gallina favorita se acercó despreocupadamente, emitiendo el señuelo, se abalanzó sobre ella con todas sus plumas vibrando. Y el hombre que había muerto observó la vibración inestable y oscilante del ave encorvada, y no fue el ave lo que vio, sino una punta de ola de vida superponiéndose por un minuto a otra, en la marea del océano oscilante de la vida. Y el destino de la vida le parecía más feroz y apremiante incluso que el destino de la muerte. La condena de la muerte era una sombra comparada con el furioso destino de la vida, la decidida oleada de la vida.

Al crepúsculo, el campesino regresó a casa con el asno y dijo: — ¡Señor! Se dice que el cuerpo fue robado del huerto, y que la tumba está vacía, y que los soldados han sido llevados, ¡malditos romanos! Y las mujeres están allí para llorar.

El hombre que había muerto miró al hombre que no había muerto.

— Está bien — dijo —. No digas nada, y estaremos a salvo.

Y el campesino se sintió aliviado. Parecía bastante sucio y estúpido, e incluso la misma llameante viveza del joven gallo, al que había atado por la pata, nunca brillaría en él. Carecía de fuego. Pero el hombre que había muerto pensó para sí:

«¿Por qué, entonces, debería ser levantado? Los terrones de tierra se voltean para refrescarse, no para ser levantados. Que la tierra permanezca terrenal, y se defienda del cielo. Yo iba a intentar levantarla. Me equivoqué al intentar interferir. La reja de la devastación se hundirá en el suelo de Judea, y la vida de este campesino será volcada como los céspedes del campo.

Ningún hombre puede salvar la tierra del laboreo. Es laboreo, no salvación...».

Así que vio al hombre, al campesino, con compasión; pero el hombre que había muerto ya no deseaba interferir en el alma del hombre que no había muerto, y que nunca podría morir, salvo para volver a la tierra. Que vuelva a la tierra a su debido tiempo, y que nadie intente interferir cuando la tierra reclame lo suyo.

Así que el hombre de las cicatrices dejó que el campesino se fuera, pues el campesino no tenía renacimiento en él. Sin embargo, el hombre que había muerto se dijo a sí mismo: «Es mi anfitrión».

Y al amanecer, cuando ya se encontraba mejor, el hombre que había muerto se levantó y, con pies lentos y doloridos, desanduvo el camino hacia el huerto. Pues había sido traicionado en un huerto y enterrado en un huerto. Y al rodear el seto de laureles, cerca de la pared de roca, vio a una mujer rondando junto a la tumba, una mujer de azul y amarillo. Se asomó de nuevo a la boca del agujero, que era como un armario profundo. Pero seguía sin haber nada. Y se retorció las manos y lloraba. Y al volverse, vio al hombre de blanco, de pie junto a los laureles, y lanzó un grito, pensando que podría ser un espía, y dijo:

— ¡Se lo han llevado!

Así que él le dijo:

— ¡Magdalena!

Entonces ella se tambaleó como si fuera a caer, pues lo reconoció. Y él le dijo:

— ¡Magdalena! No tengas miedo. Estoy vivo. Me bajaron demasiado pronto, así que volví a la vida. Luego me refugié en una casa.

Ella no supo qué decir, sino que cayó a sus pies para besarlos.

— No me toques, Magdalena — dijo él — . ¡Todavía no! Aún no estoy curado ni en contacto con los hombres.

Así que ella lloró porque no sabía qué hacer. Y él dijo:

— Apartémonos, entre los arbustos, donde podamos hablar sin ser vistos.

Así, con su manto azul y su túnica amarilla, ella lo siguió entre los árboles, y él se sentó bajo un arbusto de mirto. Y dijo:

—Todavía no he vuelto en mí del todo. Magdalena, ¿qué hay que hacer ahora?

—¡Señor! —dijo ella—. ¡Oh, hemos llorado por ti! ¿Y volverás con nosotros?

—Lo que está acabado, acabado está, y para mí el fin ya pasó —dijo él—. El arroyo correrá hasta que no haya más lluvias que lo llenen, entonces se secará. Para mí, esa vida ha terminado.

—¿Y renunciarás a tu triunfo? —dijo ella con tristeza.

—Mi triunfo —dijo él— es que no estoy muerto. He sobrevivido a mi misión y ya no sé nada de ella. Es mi triunfo. He sobrevivido al día y a la muerte de mi interferencia, y sigo siendo un hombre. Todavía soy joven, Magdalena, ni siquiera he llegado a la mediana edad. Me alegro de que todo haya terminado. Tenía que ser. Pero ahora me alegro de que haya terminado, y el día de mi interferencia ha concluido. El maestro y el salvador han muerto en mí; ahora puedo ocuparme de mis asuntos, de mi propia vida individual.

Ella lo escuchó y no lo comprendió del todo. Pero lo que dijo la hizo sentir decepcionada.

—Pero ¿volverás con nosotros? —dijo ella, insistiendo.

—No sé lo que haré —dijo él—. Cuando esté curado, lo sabré mejor. Pero mi misión ha terminado, y mi enseñanza ha concluido, y la muerte me ha salvado de mi propia salvación. Oh, Magdalena, quiero tomar mi propio camino en la vida, que es mi porción. Mi vida pública ha terminado, la vida de mi propia importancia. Ahora puedo esperar a la vida, y no decir nada, y que nadie me traicione. Quise ser más grande que los límites de mis manos y mis pies, así que atraje la traición sobre mí. Y sé que agravié a Judas, mi pobre Judas. Porque he muerto, y ahora conozco mis propios límites. Ahora puedo vivir sin esforzarme más por influir en los demás. Porque mi alcance termina en las yemas de mis dedos, y mi zancada no es más larga que las puntas de mis pies. Sin embargo, quise abrazar a multitudes, yo que nunca he abrazado de verdad ni a uno solo. Pero Judas y los sumos sacerdotes me

salvaron de mi propia salvación, y pronto podré volver a mi destino como un bañista en el mar al amanecer, que acaba de bajar solo a la orilla.

—¿Quieres estar solo de ahora en adelante? —preguntó ella—. ¿Y tu misión no fue nada? ¿Fue todo mentira?

—¡No! —dijo él—. Tampoco tus amantes del pasado fueron nada. Fueron mucho para ti, pero tomaste más de lo que diste. Luego viniste a mí en busca de salvación de tu propio exceso. Y yo, en mi misión, también caí en el exceso. Di más de lo que tomé, y eso también es desdicha y vanidad. Así que Pilatos y los sumos sacerdotes me salvaron de mi propia salvación excesiva. No caigas ahora en el exceso de vivir, Magdalena. Solo significa otra muerte.

Ella reflexionó con amargura, pues la necesidad de dar en exceso estaba en ella, y no podía soportar que se lo negaran.

—¿Y no volverás con nosotros? —dijo—. ¿Has resucitado solo para ti?

Él oyó el sarcasmo en su voz y miró su hermoso rostro, que todavía estaba denso por la necesidad excesiva de salvación de la mujer que había sido, la hembra que había atrapado a los hombres a su antojo. La nube de la necesidad estaba sobre ella, de ser salvada de la vieja y voluntariosa Eva, que había abrazado a muchos hombres y tomado más de lo que había dado. Ahora la otra condena estaba sobre ella. Quería dar sin tomar. Y eso también es duro y cruel para el cuerpo cálido.

—No he resucitado de entre los muertos para buscar la muerte de nuevo —dijo él.

Ella lo miró y vio el cansancio posándose de nuevo en su rostro cerúleo, y la vasta desilusión en sus ojos oscuros, y la indiferencia subyacente. Él sintió su mirada y se dijo a sí mismo:

«Ahora mis propios seguidores querrán matarme de nuevo, por haber resucitado diferente de sus expectativas».

—Pero vendrás a vernos, a nosotros que te amamos, ¿verdad? —dijo ella.

Él rió un poco y dijo:

—Ah, sí. —Luego añadió—: ¿Tienes algo de dinero? ¿Me darías un poco de dinero? Lo debo.

Ella no tenía mucho, pero le agradó dárselo.

—¿Crees —le dijo él— que podría ir a vivir contigo a tu casa?

Ella lo miró con grandes ojos azules, que brillaron extrañamente.

—¿Ahora? —dijo ella con un peculiar triunfo.

Y él, que ahora rehuía el triunfo de cualquier tipo, propio o ajeno, dijo:

—¡Ahora no! Más tarde, cuando esté curado, y... y esté en contacto con la carne.

Las palabras vacilaron en él. Y en su corazón supo que nunca iría a vivir a su casa. Porque el destello del triunfo había brillado en sus ojos; la avidez de dar. Pero ella murmuró en un éxtasis zumbante:

—Ah, sabes que te lo daría todo.

—¡No! —dijo él—. No pedí eso.

Una repulsión por toda la vida que había conocido lo invadió de nuevo, la gran náusea de la desilusión, y la estocada de la lanza a través de sus entrañas. Se acurrucó bajo los arbustos de mirto, sin fuerzas. Sin embargo, sus ojos estaban abiertos. Y ella lo miró de nuevo, y vio que no era el Mesías. El Mesías no había resucitado. El entusiasmo y la pureza ardiente se habían ido, y la juventud extasiada. Su juventud estaba muerta. Este hombre era de mediana edad y estaba desilusionado, con una cierta indiferencia terrible y una resolución que el amor nunca conquistaría. Este no era el Maestro que ella tanto había adorado, el joven, llameante, no físico exaltador de su alma. Este se parecía más a los amantes que había conocido antaño, pero con una mayor indiferencia por el asunto personal y una menor susceptibilidad.

Fue arrojada del equilibrio de su adoración extasiada y angustiada. Este hombre resucitado era la muerte de su sueño.

—Deberías irte ahora —le dijo él—. No me toques, estoy en la muerte. Volveré aquí, al tercer día. Ven si quieres, al amanecer. Y volveremos a hablar.

Ella se fue, perturbada y destrozada. Sin embargo, mientras se iba, su mente descartó la amargura de la realidad, y conjuró el éxtasis y la maravilla de que el Maestro había resucitado y no estaba muerto. ¡Había resucitado, el Salvador, el exaltador, el hacedor de maravillas! Había resucitado,

pero no como hombre; como Dios puro, que no debía ser tocado por la carne, y que debía ser arrebatado al Cielo. Era el más glorioso y más fantasmal de los milagros.

Mientras tanto, el hombre que había muerto se recompuso por fin y lentamente se dirigió a la casa del campesino. Se alegraba de volver con ellos y de alejarse de Magdalena y de sus propios allegados. Porque los campesinos tenían la inercia de la tierra y lo dejarían descansar, y por el momento, no le impondrían ninguna coacción.

La mujer estaba en el tejado, buscándolo. Tenía miedo de que se hubiera ido. Su presencia en la casa se había vuelto como un vino suave para ella. Se apresuró hacia la puerta, hacia él.

—¿Dónde has estado? —dijo—. ¿Por qué te fuiste?

—He estado paseando por un huerto y he visto a una amiga que me ha dado un poco de dinero. Es para ti.

Él extendió su mano delgada, con la pequeña cantidad de dinero, todo lo que Magdalena pudo darle. Los ojos de la mujer del campesino brillaron, pues el dinero escaseaba, y dijo:

—¡Oh, señor! ¿Y es verdaderamente mío?

—¡Tómalo! —dijo él—. Compra pan, y el pan trae vida.

Así que se tumbó de nuevo en el patio, enfermo de alivio por estar solo otra vez. Porque con los campesinos podía estar solo, pero sus propios amigos nunca lo dejarían estar solo. Y en la seguridad del patio, el joven gallo le era querido, mientras gritaba con el desamparado entusiasmo de la vida, y terminaba en la desamparada humillación de estar atado por la pata. Ese día el asno estaba allí, moviendo la cola bajo el cobertizo. El hombre que había muerto se tumbó y se apartó por completo de la vida, en la enfermedad de la muerte en vida.

Pero la mujer trajo vino y agua, y pasteles endulzados, y lo animó, de modo que comió un poco para complacerla. El día era caluroso, y mientras ella se agachaba para servirle, él vio sus pechos oscilar desde su humilde cuerpo, bajo su blusón. Supo que ella deseaba que él la deseara, y ella era joven y no desagradable. Y él, que nunca había conocido a una mujer, la habría deseado si hubiera podido. Pero no podía desearla, aunque sentía ter-

nura hacia su cuerpo suave, agachado y humilde. Pero eran sus pensamientos, su conciencia, con lo que no podía mezclarse. Ella estaba contenta con el dinero, y ahora quería tomar más de él. Quería el abrazo de su cuerpo. Pero su pequeña alma era dura, corta de miras y codiciosa, su cuerpo tenía su pequeña avidez, y ninguna reverencia gentil por el don devuelto. Así que le dijo una palabra tranquila y agradable y se apartó. No podía tocar el pequeño cuerpo personal, la pequeña vida personal de esta mujer, ni de ninguna otra. Se apartó de ello sin dudar.

Resucitado de entre los muertos, por fin se había dado cuenta de que el cuerpo también tiene su pequeña vida, y más allá de eso, la vida mayor. Era virgen, por repulsión a la pequeña y codiciosa vida del cuerpo. Pero ahora sabía que la virginidad es una forma de codicia; y que el cuerpo resucita para dar y para tomar, para tomar y para dar, sin avidez. Ahora sabía que había resucitado por la mujer, o las mujeres, que conocían la vida mayor del cuerpo, no ávidas de dar, no ávidas de tomar, y con quienes podía mezclar su cuerpo. Pero habiendo muerto, era paciente, sabiendo que había tiempo, una eternidad de tiempo. Y no lo impulsaba ningún deseo codicioso, ni de entregarse a otros, ni de apropiarse de nada para sí mismo. Porque había muerto.

El campesino volvió del trabajo y dijo:

—Señor, le agradezco el dinero. Pero no lo queríamos. Y todo lo que tengo es suyo.

Pero el hombre que había muerto estaba triste, porque el campesino estaba allí, en su pequeño cuerpo personal, y sus ojos eran astutos y brillaban con la esperanza de mayores recompensas en dinero más adelante. Ciertamente, el campesino lo había acogido gratis, y se había arriesgado a no obtener recompensa. Pero la esperanza era astuta en él. Sin embargo, incluso esto era como son los hombres. Así que cuando el campesino quiso ayudarlo a levantarse, pues había caído la noche, el hombre que había muerto dijo:

—No me toques, hermano. Aún no he ascendido al Padre.

El sol ardía con mayor esplendor y bruñía al joven gallo con más brillo. Pero el campesino mantenía la cuerda renovada, y el pájaro era un prisionero. Sin embargo, la llama de la vida ardía hasta un punto agudo en el

gallo, de modo que miraba con recelo y altivez al hombre que había muerto. Y el hombre sonrió y le tuvo cariño al pájaro, y le dijo:

—Seguramente tú has resucitado al Padre, entre los pájaros. — Y el joven gallo, respondiendo, cantó.

Cuando al amanecer de la tercera mañana el hombre fue al huerto, estaba absorto, pensando en la vida mayor del cuerpo, más allá de la vida pequeña, estrecha y personal. Así que atravesó de repente la espesa pantalla de arbustos de laurel y mirto, cerca de la roca, y vio a tres mujeres cerca de la tumba. Una era Magdalena, y otra la mujer que había sido su madre, y la tercera una mujer que conocía, llamada Juana. Levantó la vista y las vio a todas, y ellas lo vieron a él, y todas tuvieron miedo.

Se quedó inmóvil en la distancia, sabiendo que estaban allí para reclamarlo de vuelta, corporalmente. Pero de ninguna manera volvería a ellas. Pálido, en la sombra de una mañana gris que soplaba a lluvia, las vio y se dio la vuelta. Pero Magdalena se apresuró hacia él.

—No las he traído yo —dijo—. Han venido por sí mismas. ¡Mira, te he traído dinero!... ¿No quieres hablarles?

Le ofreció unas monedas de oro, y él las tomó, diciendo:

—¿Puedo quedarme con este dinero? Lo necesitaré. No puedo hablarles, porque aún no he ascendido al Padre. Y debo dejaros ahora.

—¡Ah! ¿A dónde irás? —gritó ella.

Él la miró y vio que ella se aferraba al hombre que en él había muerto y estaba muerto, el hombre de su juventud y su misión, de su castidad y su miedo, de su pequeña vida, de su dar sin tomar.

—¡Debo ir a mi Padre! —dijo él.

—¿Y nos dejarás? ¡Ahí está tu madre! —gritó ella, volviéndose con la vieja angustia, que sin embargo le era dulce.

—Pero ahora debo ascender a mi Padre —dijo él, y retrocedió hacia los arbustos, se volvió rápidamente y se fue, diciéndose a sí mismo:

«Ahora no pertenezco a nadie y no tengo conexión, y la misión o el evangelio se han ido de mí. ¡He aquí! No puedo ni siquiera hacer mi propia vida, ¿y qué tengo que salvar?... Puedo aprender a estar solo».

Así que volvió a la casa de los campesinos, al patio donde el joven gallo estaba atado por la pata con una cuerda. Y no quería a nadie, pues era mejor estar solo; porque la presencia de la gente lo hacía sentir solitario. El sol y el sutil bálsamo de la primavera curaron sus heridas, incluso la herida abierta de la desilusión a través de sus entrañas se estaba cerrando. Y su necesidad de hombres y mujeres, su fiebre de tenerlos y de ser salvado por ellos, esto también se estaba curando en él. Cualquier contacto que surgiera entre él y la raza de los hombres, de ahora en adelante, debería venir sin transgresión ni coacción. Pues se dijo a sí mismo:

«Intenté obligarlos a vivir, así que me obligaron a morir. Siempre es así con la coacción. El retroceso mata el avance. Ahora es mi momento de estar solo».

Por lo tanto, no fue más al huerto, sino que yacía quieto y veía el sol, o caminaba al atardecer por las laderas de olivos, entre el trigo verde, que crecía un palmo más alto cada día de sol. Y siempre pensaba para sí:

«Qué bueno es haber cumplido mi misión y estar más allá de ella. Ahora puedo estar solo, y dejar todas las cosas a su aire, y la higuera puede ser estéril si quiere, y los ricos pueden ser ricos. Mi camino es solo mío».

Así que los chorros verdes de hojas se desplegaron en la higuera, con la sangre verde, brillante y translúcida del árbol. Y el joven gallo se hizo más brillante, más lustroso con el bruñido del sol; pero siempre atado por la pata con una cuerda. Y el sol se ponía cada vez con más pompa, en el aire dorado y arrebolado. El hombre que había muerto era consciente de todo ello, y pensó:

«La Palabra no es más que el mosquito que pica al atardecer. El hombre es atormentado por las palabras como por mosquitos, y lo siguen hasta la tumba. Pero más allá de la tumba no pueden ir. Ahora he pasado el lugar donde las palabras ya no pueden morder y el aire está claro, y no hay nada que decir, y estoy solo dentro de mi propia piel, que son los muros de todo mi dominio».

Así se curó de sus heridas, y disfrutó de su inmortalidad de estar vivo sin zozobra. Porque en la tumba se había deslizado de esa sogas que llamamos cuidado. Porque en la tumba había dejado su yo esforzado, que se preocupa y se afirma. Ahora su yo despreocupado sanaba y se volvía completo dentro

de su piel, y sonreía para sí mismo con pura soledad, que es una forma de inmortalidad.

Entonces se dijo a sí mismo: «Vagaré por la tierra y no diré nada. Porque nada es tan maravilloso como estar solo en el mundo fenoménico, que ruge, y sin embargo estar aparte. Y no lo he visto, estaba demasiado cegado por mi confusión dentro de él. Ahora vagaré entre el movimiento del mundo fenoménico, porque es el movimiento de todas las cosas entre sí lo que me deja puramente solo».

Así que comulgó consigo mismo y decidió ser médico. Porque el poder todavía estaba en él para curar a cualquier hombre o niño que tocara su compasión. Por lo tanto, se cortó el pelo y la barba a la moda correcta, y sonrió para sí mismo. Y se compró zapatos, y el manto adecuado, y se puso el paño correcto sobre la cabeza, ocultando todas las pequeñas cicatrices. Y el campesino dijo:

— Señor, ¿partirás de entre nosotros?

— Sí, porque ha llegado el momento de que regrese a los hombres.

Así que le dio al campesino una moneda y le dijo:

— Dame el gallo que escapó y que ahora está atado por la pata. Porque él saldrá conmigo.

Así que por una moneda el campesino le dio el gallo al hombre que había muerto, y al amanecer el hombre que había muerto partió hacia el mundo fenoménico, para realizarse en su propia soledad en medio de él. Porque antes había estado demasiado mezclado en él. Entonces había muerto. Ahora debía volver, para estar solo en el medio. Sin embargo, ni siquiera ahora iba completamente solo, pues bajo el brazo, mientras caminaba, llevaba el gallo, cuya cola se agitaba alegremente detrás, y que estiraba el cuello con excitación, pues él también se aventuraba por primera vez en el mundo fenoménico más amplio, que es también el movimiento del cuerpo de los gallos. Y la campesina derramó algunas lágrimas, pero luego entró en la casa, siendo campesina, para volver a mirar las monedas. Y le pareció que un brillo salía de las monedas, maravilloso.

El hombre que había muerto siguió vagando, y era un día soleado. Miraba a su alrededor mientras caminaba, y se hacía a un lado cuando pasaba la caravana de carga, hacia la ciudad. Y se dijo a sí mismo:

«¡Extraño es el mundo fenoménico, sucio y limpio a la vez! Y yo soy igual. ¡Sin embargo, estoy aparte! Y la vida burbujea de diversas maneras. ¿Por qué habría querido que burbujeara toda igual? ¡Qué pena que les prediqué! Es mucho más probable que un sermón se convierta en barro y cierre las fuentes, que un salmo o una canción. Cometí un error. Entiendo que me ejecutaron por predicarles. Sin embargo, no pudieron ejecutarme finalmente, porque ahora he resucitado en mi propia soledad, y heredo la tierra, ya que no reclamo nada de ella. Y estaré solo en el hervidero de todas las cosas; ante todo, para siempre, estaré solo. Pero debo lanzar este pájaro al hervidero de los fenómenos, porque debe cabalgar su ola. ¡Qué caliente está de vida! Pronto, en algún lugar, lo dejaré entre las gallinas. Y quizás una tarde encuentre a una mujer que pueda atraer mi cuerpo resucitado, pero que me deje mi soledad. Porque el cuerpo de mi deseo ha muerto, y no estoy en contacto en ninguna parte. ¡Sin embargo, cómo lo sé! Al menos todo es vida. Y este gallo brilla con una brillante soledad, aunque responde al señuelo de las gallinas. Y me apresuraré hacia esa aldea en la colina que tengo delante; ya estoy cansado y débil, y quiero cerrar los ojos a todo».

Apresurándose un poco con el deseo de haber terminado de caminar, alcanzó a dos hombres que iban despacio y hablando. Y como tenía los pies ligeros, oyó que hablaban de él. Y los recordó, porque los había conocido en su vida, la vida de su misión. Así que los saludó, pero no se reveló en el crepúsculo, y ellos no lo reconocieron. Les dijo:

—¿Qué hay, pues, de aquel que quiso ser rey y fue ejecutado por ello?

Ellos respondieron con recelo: —¿Por qué preguntas por él?

—Lo he conocido y he pensado mucho en él —dijo.

Así que respondieron: —Ha resucitado.

—¡Sí! ¿Y dónde está, y cómo vive?

—No lo sabemos, porque no ha sido revelado. Sin embargo, ha resucitado, y dentro de poco ascenderá al Padre.

—¡Sí! ¿Y dónde está entonces su Padre?

—¿No lo sabéis? ¡Sois entonces de los gentiles! El Padre está en el Cielo, sobre la nube y el firmamento.

—¿De verdad? ¿Entonces cómo ascenderá?

—Como Elías el Profeta, subirá en una gloria.

—Incluso al cielo.

—Al cielo.

—¿Entonces no ha resucitado en la carne?

—Ha resucitado en la carne.

—¿Y llevará la carne al cielo?

—El Padre que está en los Cielos lo tomará.

El hombre que había muerto no dijo más, porque su decir había terminado, y las palabras engendran palabras, como los mosquitos. Pero el hombre le preguntó: —¿Por qué llevas un gallo?

—Soy un sanador —dijo—, y el pájaro tiene virtud.

—¿No eres creyente?

—¡Sí! Creo que el pájaro está lleno de vida y virtud.

Caminaron en silencio después de esto, y sintió que no les gustaba su respuesta. Así que sonrió para sí mismo, porque un fenómeno peligroso en el mundo es un hombre de creencias estrechas, que niega el derecho de su prójimo a estar solo. Y al llegar a las afueras de la aldea, el hombre que había muerto se detuvo en el crepúsculo y dijo con su vieja voz:

—¿No me conocéis?

Y ellos gritaron con miedo: —¡Maestro!

—¡Sí! —dijo, riendo suavemente. Y se volvió de repente, por un callejón lateral, y desapareció bajo el muro antes de que se dieran cuenta.

Así llegó a una posada donde los asnos estaban en el patio. Y pidió buñuelos, y se los hicieron. Así que durmió bajo un cobertizo. Pero por la mañana lo despertó un fuerte canto, y la voz de su gallo resonando en sus oídos. Así vio al gallo de la posada salir a la batalla, con sus gallinas, un buen número, detrás de él. Entonces el gallo del hombre que había muerto saltó, y comenzó una batalla entre los pájaros. El posadero corrió a salvar a su gallo, pero el hombre que había muerto dijo:

—Si mi pájaro gana, te lo daré. Y si pierde, te lo comerás.

Así que los pájaros lucharon salvajemente, y el gallo del hombre que había muerto mató al gallo común del patio. Entonces el hombre que había muerto le dijo a su joven gallo:

—Tú al menos has encontrado tu reino, y las hembras para tu cuerpo. Tu soledad puede adquirir esplendor, pulida por el señuelo de tus gallinas.

Y dejó a su pájaro allí, y se adentró más en el mundo fenoménico, que es una vasta complejidad de enredos y seducciones. Y se hizo una última pregunta:

«¿De qué, y para qué, podría salvarse este torbellino infinito?».

Así que siguió su camino, y estaba solo. Pero el camino del mundo era increíble, al ver el extraño enredo de pasiones y circunstancias y coacción por todas partes, pero siempre el temible insomnio de la coacción. Era el miedo, el miedo último a la muerte, lo que volvía locos a los hombres. Así que siempre debía seguir adelante, porque si se quedaba, sus vecinos tejían a su alrededor el estrangulamiento de su miedo y su intimidación. No había nada que pudiera tocar, porque todos, en una loca afirmación del ego, querían imponerle una coacción y violar su soledad intrínseca. Era la manía de las ciudades y las sociedades y las multitudes, imponer una coacción a un hombre, a todos los hombres. Porque hombres y mujeres por igual estaban locos con el miedo egoísta de su propia nada. Y pensó en su propia misión, en cómo había intentado imponer la coacción del amor a todos los hombres. Y la vieja náusea volvió a él. Porque no había contacto sin un sutil intento de infligir una coacción. Y ya había sido obligado incluso a la muerte. La náusea de la vieja herida brotó de nuevo, y volvió a mirar el mundo con repulsión, temiendo sus mezquinos contactos.

II

El viento soplaba frío y fuerte desde el interior, desde las invisibles nieves del Líbano. Pero el templo, orientado al sur y al oeste, hacia Egipto, se enfrentaba al espléndido sol de invierno mientras se curvaba hacia el mar, y el calor y el resplandor inundaban el espacio entre las columnas de madera pintada. Pero el mar era invisible a causa de los árboles, aunque su oleaje sonaba entre el zumbido de los pinos. El aire se estaba volviendo dorado con la tarde. La mujer que servía a Isis estaba de pie con su túnica amarilla y miraba las empinadas laderas que descendían hacia el mar, donde los olivos se plateaban bajo el viento como agua salpicando. Estaba sola, salvo por la diosa. Y en la tarde de invierno, la luz se erguía magnífica sobre el mar invisible, llenando las colinas de la costa. Se dirigió hacia el sol, a través del bosquecillo de pinos mediterráneos y encinas, en medio del cual se alzaba el templo, en una pequeña lengua de tierra cubierta de árboles entre dos bahías.

Era solo un trecho muy corto, y luego se encontró entre los troncos secos de los pinos más externos, sobre las rocas bajo las cuales el mar golpeaba y succionaba, frente al espacio abierto donde el sol brillante se glorificaba en invierno. El mar era oscuro, casi índigo, alejándose de la tierra, y coronado de blanco. La mano del viento lo rozaba extrañamente con sombras, como rozaba los olivos de las laderas con plata. Y no había ningún barco fuera.

Los tres barcos estaban varados en lo alto de la escarpada playa de guijarros de la pequeña bahía, junto a la pequeña torre gris. A lo largo del borde de la playa corría un alto muro, dentro del cual había un jardín que ocupaba el breve llano de la bahía y luego ascendía en terrazas por la empinada ladera de la costa. Y allí, un poco más arriba, dentro de otro muro, se alzaba la baja villa blanca, blanca y solitaria como la costa, con vistas al mar. Pero más arriba, mucho más arriba, donde los olivos habían dado paso de nuevo a los pinos, corría la carretera de la costa, manteniéndose en la altura para estar por encima de los barrancos que descendían a las bahías.

Sobre todo ello se derramaba el sol regio de la tarde de enero. O más bien, todo era parte del gran sol, resplandor y sustancia e inmaculada soledad del mar, y pura claridad.

Agazapados en las rocas sobre el agua oscura, que solo subía y bajaba, dos esclavos, semidesnudos, preparaban palomas para la cena. Perforaron la garganta de un pájaro azul y vivo, y dejaron que las gotas de sangre cayeran

al mar agitado, con curiosa concentración. Estaban realizando algún sacrificio o trabajando algún encantamiento. La mujer del templo, amarilla y blanca y sola como un narciso de invierno, estaba de pie entre los pinos de la pequeña península jorobada donde el templo se escondía secretamente, y observaba.

Una paloma blanca y negra, vívidamente blanca, como un fantasma escapado sobre el mar bajo y oscuro, salió disparada, atrapó el viento, se inclinó, cabalgó, se elevó y barrió sobre los pinos, y se alejó girando, una mota, tierra adentro. Había escapado. La sacerdotisa oyó el grito del esclavo muchacho, un esclavo de jardín de unos diecisiete años. Levantó los brazos al cielo con ira mientras la paloma se alejaba girando; desnudo, airado y joven, extendió los brazos. Luego se volvió y agarró a la muchacha en un acceso de rabia, y la golpeó con el puño manchado de sangre de paloma. Y ella se tumbó con el rostro oculto, pasiva y temblorosa. La mujer que era su dueña observaba. Y mientras observaba, vio a otro espectador, un forastero, con un sombrero bajo y ancho y una capa de tela casera gris, un hombre de barba oscura de pie en la pequeña calzada de una roca que era el cuello de la península de su templo. Lo vio por el ondear de su capa gris oscuro. Y él la vio a ella, sobre las rocas como un narciso blanco y amarillo, por el aleteo de su túnica de lino blanco, bajo el manto amarillo de lana. Y ambos observaron a los dos esclavos.

El muchacho dejó de golpear a la muchacha de repente. Se agachó sobre ella, tocándola, tratando de hacerla hablar. Pero ella yacía completamente inerte, boca abajo sobre la roca lisa. Y él la rodeó con los brazos y la levantó, pero ella se deslizó de nuevo a la tierra como una muerta, aunque demasiado rápido para algo muerto. El muchacho, desesperado, la agarró por las caderas y la abrazó contra sí, dándole la vuelta allí mismo. Allí parecía inerte, toda su lucha estaba en sus hombros. Él la retorció, absorbió e inconsciente, y metió las manos entre sus muslos para separarlos. Y en un instante la cubría en el frenesí ciego y asustado de la primera pasión de un muchacho. Rápido y frenético, su joven cuerpo tembló desnudo sobre el de ella, ciego, por un minuto. Luego yació completamente quieto, como muerto.

Y entonces, aterrorizado, se asomó. Miró a su alrededor y lentamente se puso en pie, ajustándose el taparrabos. Vio al forastero, y luego vio, en las rocas de más allá, a la dama de Isis, su señora. Y al verla, todo su cuerpo se

encogió y se acobardó, y con un extraño movimiento servil se escabulló cojeando hacia la puerta del muro.

La muchacha se sentó y lo miró marchar. Cuando lo vio desaparecer, ella también miró a su alrededor. Y vio al forastero y a la sacerdotisa. Luego, con un movimiento hosco, se dio la vuelta, como si no hubiera visto nada, hacia las cuatro palomas muertas y el cuchillo, que yacían allí en la roca. Y comenzó a arrancar las plumas pequeñas, de modo que se levantaron con el viento como polvo.

La sacerdotisa se dio la vuelta. ¡Esclavos! Que el capataz los vigilara. No le interesaba. Atravesó lentamente los pinos de nuevo, de vuelta al templo, que se alzaba al sol en un pequeño claro en el centro de la lengua de tierra. Era un pequeño templo de madera, todo pintado de rosa, blanco y azul, con cuatro columnas de madera en el frente que se elevaban como tallos hasta el capullo de loto hinchado de Egipto en la parte superior, soportando el techo y las flores de loto abiertas y puntiagudas del friso exterior, que rodeaba bajo los aleros. Dos bajos escalones de piedra conducían a la plataforma frente a las columnas, y la cámara detrás de las columnas estaba abierta. Allí se encontraba un bajo altar de piedra, con algunas brasas en su hueco, y la mancha oscura de sangre en su ranura final.

Conocía tan bien su templo, pues lo había construido a sus expensas y lo había cuidado durante siete años. Allí estaba, rosa y blanco, como una flor en el pequeño claro, respaldado por encinas negruzcas; y la sombra de la tarde ya bañaba las bases de sus columnas.

Entró lentamente, pasando a la oscura cámara interior, iluminada por una llama de aceite perfumado. Y una vez más cerró la puerta, y una vez más arrojó unos granos de incienso en un brasero ante la diosa, y una vez más se sentó ante su diosa, en la casi oscuridad, para meditar, para sumergirse en los sueños de la diosa.

Era Isis; pero no Isis, Madre de Horus. Era Isis Afligida, Isis en Busca. La diosa, en mármol pintado, levantaba el rostro y avanzaba, un muslo hacia adelante, a través de la frágil acanaladura de su túnica, en la angustia del duelo y de la búsqueda. Buscaba los fragmentos del difunto Osiris, muerto y esparcido, muerto, despedazado y arrojado en fragmentos por todo el ancho mundo. Y debía encontrar sus manos y sus pies, su corazón, sus muslos, su cabeza, su vientre, debía reunirlos y rodear con sus brazos el cuerpo

reensamblado hasta que se calentara de nuevo, y despertara a la vida, y pudiera abrazarla, y pudiera fecundar su vientre. Y el extraño éxtasis y la angustia de la búsqueda continuaron a través de los años, mientras ella levantaba la garganta y sus ojos hundidos miraban hacia adentro, en el éxtasis atormentado de la búsqueda, y el delicado ombligo de su vientre en forma de capullo se mostraba a través de la túnica frágil y ceñida con la eterna pregunta, pregunta, de su búsqueda. Y a través de los años lo encontró poco a poco, corazón y cabeza y miembros y cuerpo. Y sin embargo, no había encontrado la última realidad, la clave final para él, que sola podría traerlo realmente de vuelta a ella. Porque ella era Isis del loto sutil, el útero que espera sumergido y en capullo, espera el toque de ese otro sol interior que irradia sus rayos desde los lomos del Osiris masculino.

Este era el misterio que la mujer había servido sola durante siete años, desde que tenía veinte, hasta ahora que tenía veintisiete. Antes, cuando era joven, había vivido en el mundo, en Roma, en Éfeso, en Egipto. Porque su padre había sido uno de los capitanes y camaradas de Antonio, había luchado con Antonio y había estado con él cuando César fue asesinado, y hasta los días de la vergüenza. Luego había vuelto a cruzar a Asia, caído en desgracia con Roma, y había sido asesinado en las montañas más allá del Líbano. La viuda, sin tener favor que esperar de Octavio, se había retirado a su pequeña propiedad en la costa bajo el Líbano, llevándose a su hija del mundo, una muchacha de diecinueve años, hermosa pero soltera.

Cuando era joven, la muchacha había conocido a César y se había encogido ante su rapacidad de águila. El dorado Antonio se había sentado con ella muchas medias horas, en el esplendor de sus grandes miembros y su brillante virilidad, y le había hablado de las filosofías y los dioses. Porque él estaba fascinado como un niño por los dioses, aunque se burlaba de ellos y los olvidaba en su propia vanidad. Pero le dijo:

—He sacrificado dos palomas por ti, a Venus, porque temo que no hagas ninguna ofrenda a la dulce diosa. Cuidado, la ofenderás. Vamos, ¿por qué la flor de tu ser está tan fresca por dentro? ¿Nunca un rayo o una mirada encuentra su camino a través? Ah, vamos, una doncella debería abrirse al sol, cuando el sol se inclina hacia ella para acariciarla.

Y los grandes y brillantes ojos de Antonio se rieron sobre ella, bañándola en su resplandor. Y ella sintió el hermoso resplandor de su belleza masculina.

na y su amorosidad bañar todos sus miembros y su cuerpo. Pero fue como él dijo: la misma flor de su vientre estaba fresca, casi fría, como un capullo en la sombra de la escarcha, a pesar de la inundación de su sol. Así que Antonio, respetando a su padre, que la amaba, la había dejado.

Y siempre había sido lo mismo. Veía a muchos hombres, jóvenes y viejos. Y en general, le gustaban más los viejos, porque le hablaban con sinceridad y no esperaban que se abriera como una flor al sol de su masculinidad. Una vez le preguntó a un filósofo: «¿Nacen todas las mujeres para ser entregadas a los hombres?». A lo que el anciano respondió lentamente:

«Las mujeres raras esperan al hombre renacido. Porque el loto, como sabes, no responderá a todo el calor brillante del sol. Sino que curva su cabeza oscura y oculta en las profundidades, y no se mueve. Hasta que, en la noche, uno de estos raros e invisibles soles que han sido matados y ya no brillan, se eleva entre las estrellas en un púrpura invisible, y como la violeta, envía sus raros rayos púrpuras a la noche. A estos, el loto se agita como a una caricia, y se eleva a través de la inundación, y levanta su cabeza inclinada, y se abre con una expansión como ninguna otra flor conoce, y extiende sus agudos rayos de dicha, y ofrece sus suaves profundidades doradas como ninguna otra flor posee, a la penetración del sol violeta-oscuro inundante que ha muerto y resucitado y no hace alarde. Pero para los dorados y breves soles diurnos de alarde como Antonio, y para los duros soles invernales de poder como César, el loto no se mueve, ni se moverá jamás. Esos solo desgarrarán el capullo. Ah, te digo, espera al renacido y espera a que el capullo se agite».

Así que había esperado. Porque todos los hombres eran soldados o políticos bajo el hechizo romano, asertivos, varoniles, espléndidos en apariencia pero de una mezquindad interior, una insuficiencia. Y tanto Roma como Egipto la habían dejado sola, sin despertar. Y era una mujer para sí misma, no se entregaría por un brillo superficial, ni se casaría por conveniencia. Esperaría a que el loto se agitara.

Y entonces, en Egipto, había encontrado a Isis, en quien deletreaba su misterio. Había traído a Isis a las costas de Sidón y había vivido con ella en el misterio de la búsqueda; mientras su madre, que amaba los asuntos, controlaba la pequeña propiedad y los esclavos con mano libre.

Cuando la mujer despertó de su meditación y se levantó para realizar el último y breve ritual a Isis, repuso la lámpara y salió del santuario, cerrando la puerta con llave. En el mundo exterior, el sol ya se había puesto, y el crepúsculo era frío entre los árboles que zumbaban, que seguían zumbando, aunque el viento amainaba.

Un forastero con un sombrero oscuro y ancho se levantó de la esquina de los escalones del templo, sosteniendo su sombrero en el viento. Era de rostro oscuro, con una barba negra y puntiaguda. —Oh, señora, ¿el refugio de quién puedo implorar? —le dijo a la mujer, que estaba de pie con su manto amarillo en un escalón por encima de él, junto a un pilar pintado de rosa y blanco. Su rostro era más bien largo y pálido, su cabello rubio oscuro estaba sujeto bajo una fina red de oro. Miró al vagabundo con indiferencia. Era el mismo que había visto observando a los esclavos.

—¿Por qué bajas del camino? —preguntó ella.

—Vi el templo como una flor pálida en la costa, y querría descansar entre los árboles del recinto, si la dama de la diosa lo permite.

—Es Isis en Busca —dijo ella, respondiendo a su primera pregunta. —La diosa es grande —respondió él.

Ella lo miró todavía con desconfianza. Había una leve y remota sonrisa en los ojos oscuros que se alzaban hacia ella, aunque el rostro estaba hundiéndose por el sufrimiento. El vagabundo adivinó su vacilación y se burlaba de ella.

—Espera aquí en los escalones —dijo ella—. Un esclavo te mostrará el refugio.

—La dama de Egipto es cortés.

Bajó por el sendero rocoso de la península jorobada con sus sandalias doradas. Hermosos eran sus pies de marfil, bajo la túnica blanca, y sobre el manto azafrañado su cabeza rubia oscura se inclinaba como en infinitas meditaciones. Una mujer enredada en su propio sueño. El hombre sonrió un poco, medio amargamente, y se sentó de nuevo en el escalón a esperar, envolviéndose en su manto, en el frío crepúsculo.

Al fin apareció un esclavo, también vestido de gris basto.

—¿Buscáis el refugio de nuestra señora? —dijo con insolencia. —¿Acaso no es así?

—Entonces venid.

Con la brusca insolencia de un esclavo que atiende a un vagabundo, el joven lo condujo a través de los árboles y descendió a un pequeño barranco en la roca, donde, casi en la oscuridad, había una pequeña cueva, con un lecho de los altos brezos que crecían en los baldíos de la costa, bajo los pinos piñoneros. El lugar estaba oscuro, pero absolutamente silencioso del viento. Todavía había un débil olor a cabras.

—¡Dormid aquí! —dijo el esclavo—. Porque las cabras ya no vienen a esta media isla. Y hay agua. —Señaló una pequeña cuenca de roca donde el culantrillo bordeaba un goteo de agua.

Habiendo otorgado con desdén su patrocinio, el esclavo partió. El hombre que había muerto salió a la punta de la península, donde la ola azotaba. Oscurecía rápidamente y las estrellas comenzaban a aparecer. El viento amainaba para la noche. Tierra adentro, la empinada ladera acanalada se oscurecía hasta el largo y vacilante perfil de la cresta contra el cielo translúcido. Solo de vez en cuando un farol parpadeaba hacia la villa.

El hombre que había muerto regresó al refugio. Allí sacó pan de su bolsa de cuero, lo mojó en el agua del diminuto manantial y comió lentamente. Habiendo comido y lavado su boca, miró una vez más las estrellas brillantes en el cielo puro y ventoso, luego acomodó el brezo para su cama. Habiendo dejado a un lado su sombrero y sus sandalias, y puesto su bolsa bajo la mejilla como almohada, durmió, porque estaba muy cansado. Sin embargo, durante la noche el frío lo despertó, pellizcando fatigosamente a través de su cansancio. Afuera estaba brillantemente estrellado, y todavía ventoso. Se sentó y se abrazó en una especie de coma, y hacia el amanecer volvió a dormirse.

Por la mañana, la costa aún estaba fría en la sombra, aunque el sol ya había salido detrás de las colinas, cuando la mujer bajó de la villa hacia la diosa. El mar estaba sereno y de un azul pálido, hermoso en su novedad, y por fin el viento se había calmado. Sin embargo, las olas rompían blancas en las muchas rocas y se desgarraban en los guijarros de la pequeña bahía.

La mujer se acercaba lentamente a su sueño. Sin embargo, era consciente de una interrupción.

Mientras seguía el pequeño cuello de roca hacia su península y subía la ladera entre los árboles hacia el templo, un esclavo bajó y se detuvo, haciendo su reverencia. Había una leve insolencia en su humildad. — ¡Habla! — dijo ella.

— Señora, el hombre está allí, todavía duerme. Señora, ¿puedo hablar?

— ¡Habla! — dijo ella, repelida por el tipo.

— Señora, el hombre es un malhechor fugado.

El esclavo pareció triunfar al impartir la desagradable noticia.

— ¿Por qué señal?

— ¡Mirad sus manos y sus pies! ¿Quiere la señora mirarlo?

— ¡Guíame!

El esclavo la condujo rápidamente sobre el montículo de la colina hasta el pequeño barranco. Allí se hizo a un lado, y la mujer entró en la grieta hacia la cueva. Su corazón latía un poco. Sobre todo, debía preservar su templo inviolado.

El vagabundo dormía con la mejilla sobre su zurrón, el manto envuelto a su alrededor, pero sus pies descalzos y sucios se acurrucaban uno junto al otro, para mantenerse calientes, y su mano yacía apretada en sueños. Y en la piel pálida de sus pies, habitualmente cubierta por las correas de las sandalias, vio las cicatrices, y en la palma de la mano suelta.

No tenía interés en los hombres, particularmente en la clase servil. Sin embargo, miró el rostro dormido. Estaba gastado, hundido y bastante feo. Pero, como verdadera sacerdotisa, vio el otro tipo de belleza en él, la pura quietud de la vida más profunda. Había incluso una especie de majestad en las cejas oscuras, sobre las mejillas quietas y hundidas. Vio que su cabello negro, dejado largo, en contraste con la moda romana, estaba tocado de gris en las sienes, y la barba negra y puntiaguda tenía hilos de gris. Pero eso debía ser por el sufrimiento o la desgracia, pues el hombre era joven. Su piel oscura tenía todavía el brillo plateado de la juventud.

Había una belleza de mucho sufrimiento, y el extraño y sereno candor de una vida más fina en toda la delicada fealdad del rostro. Por primera vez, se sintió tocada en lo más vivo al ver a un hombre, como si la punta de una fina llama de vida la hubiera tocado. Era la primera vez. Los hombres habían despertado en ella toda clase de sentimientos, pero nunca la habían tocado con la punta de llama de la vida.

Regresó bajo la roca a donde esperaba el esclavo.

— ¡Sabe! — dijo —. Este no es un malhechor, sino un ciudadano libre del este. No lo molestes. Pero cuando salga, tráemelo; dile que quisiera hablar con él.

Habló con frialdad, pues encontraba a los esclavos invariablemente repelentes, un poco repulsivos. Estaban tan incrustados en la vida menor, y sus apetitos y su pequeña conciencia eran un poco asquerosos. Así que se envolvió en su sueño y se fue al templo, donde una esclava trajo rosas de invierno y jazmines para el altar. Pero hoy, incluso en sus ministerios, estaba perturbada.

El sol se elevó sobre la colina, centelleante; la luz cayó triunfalmente sobre la pequeña península cubierta de pinos de la costa, y sobre el templo rosado, en la prístina novedad. El hombre que había muerto se despertó y se calzó las sandalias. Se puso también el sombrero, se colgó el zurrón bajo el manto y salió a ver la mañana en todo su azul y su nuevo oro. Miró los pequeños narcisos amarillos y blancos que brillaban alegremente en las rocas. Y vio al esclavo esperándolo como una amenaza.

— ¡Señor! — dijo el esclavo —. Nuestra señora quisiera hablar con vos en la casa de Isis.

— Está bien — dijo el errante.

Caminó lentamente, deteniéndose a mirar el mar azul pálido como una flor en capullo sereno, y los flecos blancos entre las rocas, como flores de roca blancas, las laderas huecas que se elevaban desde la orilla, grises de olivos y verdes de trigo joven y brillante, y salpicadas por la pequeña villa blanca. Todo justo y puro en la mañana de enero.¹

El sol caía sobre la esquina del templo; se sentó en el escalón al sol, en la infinita paciencia de la espera. Había vuelto a la vida, pero no a la misma vida que había dejado, la vida de² la gente pequeña y del día pequeño. Re-

nacido, estaba en la otra vida, el día mayor de la conciencia humana. Y estaba solo y aparte del día pequeño, y fuera de contacto con la gente cotidiana. Todavía no había aceptado el irrevocable *noli me tangere* que separa al renacido de lo vulgar. La separación era absoluta, pero aquí en el templo sentía paz, la dura y brillante paz pagana con la hostilidad de los esclavos por debajo.

La mujer entró por el oscuro umbral interior del templo desde el santuario, y se quedó allí, vacilante. Podía ver la oscura figura del hombre, sentado en esa terrible quietud que era portentosa para ella, que tenía algo casi amenazador en su paciencia.

Avanzó a través de la cámara exterior del templo, y el hombre, al percatarse de ella, se puso en pie. Ella se dirigió a él en griego, pero él dijo:

—Señora, mi griego es limitado. Permítame hablar en siríaco vulgar.

—¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? —preguntó ella, con una apresurada preocupación de sacerdotisa.

—Del este, más allá de Damasco... y voy al oeste, por donde va el camino —respondió él lentamente.

Ella lo miró con súbita ansiedad y timidez.

—Pero, ¿por qué tienes las marcas de un malhechor? —preguntó bruscamente.

—¿Acaso la Señora de Isis me espió mientras dormía? —preguntó él, con un cansancio gris.

—El esclavo me advirtió... tus manos y tus pies... —dijo ella. Él la miró. Luego dijo:

—¿Permitirá la Señora de Isis que me despida y suba al camino?

El viento sopló en una ráfaga repentina, levantando su manto y su sombrero. Él levantó la mano para sujetar el ala, y ella vio de nuevo la delgada mano morena con su cicatriz.

—¡Mira! ¡La cicatriz! —dijo ella, señalando.

—¡Así es! —dijo él—. Pero adiós, y a Isis mi homenaje y mi agradecimiento por el sueño.

Se iba. Pero ella lo miró con sus ojos azules y asombrados.

—¿No quieres mirar a Isis? —dijo ella, con un impulso repentino. Y algo se agitó en él, como un dolor.

—¿Dónde, entonces? —dijo él.

—¡Ven!

Él la siguió al santuario interior, a la casi oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron al débil resplandor de la lámpara, vio a la diosa avanzando como un barco, ansiosa en el remolino de su túnica, e hizo su reverencia.

—¡Grande es Isis! —dijo—. En su búsqueda es más grande que la muerte. Maravilloso es tal caminar en una mujer, maravillosa la meta. Todos los hombres te alaban, Isis, tú que eres más grande que la madre para el hombre.

La mujer de Isis oyó y arrojó incienso sobre el brasero. Luego miró al hombre.

—¿Estás bien aquí? —le preguntó—. ¿Te ha traído Isis a casa, a sí misma?

Él miró a la sacerdotisa con asombro y turbación. —No lo sé —dijo.

Pero la mujer reflexionaba que este era el Osiris perdido. Lo sentía en lo más profundo de su alma. Y su agitación era intensa.

No quiso quedarse en el santuario cerrado, oscuro y perfumado. Salió de nuevo a la mañana, al aire frío. Sintió que algo se acercaba para tocarlo, y toda su carne estaba todavía tejida de dolor y del mandato salvaje: ¡Noli me tangere! ¡No me toques! ¡Oh, no me toques!

La mujer lo siguió al exterior con tímida ansiedad. Él se alejaba.

—¡Oh, forastero, no te vayas! ¡Oh, quédate un rato con Isis!

Él la miró, su rostro abierto como una flor, como si un sol hubiera nacido en su alma. Y de nuevo sus lomos se agitaron.

—¿Querías detenerme, muchacha de Isis? —dijo él.

—¡Quédate! ¡Estoy segura de que eres Osiris! —dijo ella.

Él rió de repente. — ¡Todavía no! — dijo. Luego miró su rostro melancólico—. Pero dormiré otra noche en la cueva de las cabras, si Isis lo quiere — añadió.

Ella juntó las manos con la felicidad infantil de una sacerdotisa.

— ¡Ah! ¡Isis se alegrará! — dijo.

Así que él bajó a la orilla con gran turbación, diciéndose a sí mismo: «¿Me entregaré a este contacto? ¿Me entregaré a este contacto? Los hombres me han torturado hasta la muerte con su contacto. Sin embargo, esta muchacha de Isis es una tierna llama de sanación. Soy médico, pero no tengo sanación como la llama de esta tierna muchacha. ¡La llama de esta tierna muchacha! Como el primer azafrán pálido de la primavera. ¡Cómo pude haber estado ciego a la sanación y la dicha en el cuerpo de azafrán de una mujer tierna! ¡Ah, ternura! Más terrible y hermosa que la muerte que morí...».

Arrancó pequeños mariscos de las rocas y los comió con deleite y asombro por el simple sabor del mar. E interiormente estaba trémulo, pensando: «¿Me atreveré a entrar en contacto? Porque esto es más lejano que la muerte. Me he atrevido a dejar que me pongan las manos encima y me maten. Pero, ¿me atreveré a entrar en este tierno contacto de la vida? Oh, esto es más difícil...».

Pero la mujer entró de nuevo en el santuario y se sentó absorta en pura meditación, durante las largas horas, observando el paso arremolinado de la diosa anhelante, y el ombligo del vientre en forma de capullo, como un sello en el impulso virgen de la búsqueda. Y se entregó al flujo femenino y al impulso de Isis en Busca.

Hacia el atardecer fue a la península a buscarlo. Y lo encontró yendo hacia el sol, como ella había ido el día anterior, y sentado sobre las agujas de pino al pie del árbol, donde ella se había parado cuando lo vio por primera vez. Ahora se acercó trémula y lentamente, temerosa de que no la quisiera. Se paró cerca de él sin ser vista, hasta que de repente él la miró desde debajo de su ancho sombrero y vio el sol poniente en su cabello enredado. Se sobresaltó, pero la esperaba.

— ¿Es esa tu casa? — dijo él, señalando la baja villa blanca en la ladera de olivos.

—Es la casa de mi madre. Es viuda, y yo soy su única hija.

—¿Y son todos estos sus esclavos?

—Excepto los que son míos.

Sus miradas se encontraron por un momento.

—¿Te sentarás tú también a ver ponerse el sol? —dijo él.

No se había levantado para hablarle. Había conocido demasiado dolor. Así que ella se sentó sobre las secas agujas de pino marrones, recogiendo su manto azafranado alrededor de sus rodillas. Un barco entraba, saliendo del resplandor abierto hacia la sombra de la bahía, y los esclavos levantaban pequeñas redes, su parloteo llegando desde la superficie del agua.

—Y este es tu hogar —dijo él.

—Pero sirvo a Isis en Busca —respondió ella.

Él la miró. Era como una nube suave y meditabunda, de alguna manera remota. Su alma lo golpeó con pasión y compasión.

—Que encuentres tu deseo, doncella —dijo él, con súbita seriedad.

—¿Y no eres tú Osiris? —preguntó ella.

Él se sonrojó de repente.

—¡Sí, si quieres curarme! —dijo—. Porque el distanciamiento de la muerte todavía está sobre mí, y no puedo escapar de él.

Ella lo miró por un momento con temor desde el suave sol azul de sus ojos. Luego bajó la cabeza, y se sentaron en silencio en el calor y el resplandor del sol poniente: el hombre que había muerto y la mujer de la búsqueda pura.

El sol se curvaba hacia el mar, en un grandioso esplendor invernal. Caía sobre los cuerpos desnudos y centelleantes de los esclavos, con sus anchas y rubicundas nalgas y sus pequeñas cabezas negras, mientras corrían extendiendo las redes en la playa de guijarros. El Pan tolerante los vigilaba. El Pan tolerante debería ser su dios para siempre.

La mujer se levantó cuando el borde del sol se sumergió, diciendo:

—Si te quedas, enviaré provisiones y abrigo.

—La señora tu madre, ¿qué dirá?

La mujer de Isis lo miró extrañamente, pero con un matiz de recelo.

—Es mío —dijo.

—Está bien —dijo él, sonriendo débilmente y previendo dificultades.

La vio irse, con su absorto y extraño movimiento de autodedicada. Su cabeza parda estaba un poco inclinada, el lino blanco se balanceaba sobre sus tobillos de marfil. Y vio a los esclavos desnudos detenerse a mirarla, con cierto asombro, e incluso con cierta malicia. Pero ella pasó absorta por la puerta del muro, en la bahía.

El hombre que había muerto se quedó sentado al pie del árbol con vistas a la playa, porque en la pequeña orilla todo sucedía. En el pequeño arroyo que corría doblando la esquina del muro de la propiedad, las esclavas seguían lavando la ropa, y de vez en cuando llegaba el ¡choc! ¡choc! ¡choc! hueco mientras la golpeaban contra las piedras lisas en el oscuro y pequeño hueco del estanque. Había un olor a orujo de aceituna en el aire; y a veces todavía el débil retumbar de la muela que molía las aceitunas, dentro del jardín, y el sonido del esclavo llamando al asno en el molino. Luego, por la puerta, salió una mujer, una mujer de pelo gris con un manto de lana blancuecina, y la siguió un hombre con la cabeza descubierta y una toga, un romano: probablemente su mayordomo o capataz. Se detuvieron en la alta playa de guijarros sobre el mar y lanzaron una rápida mirada a su alrededor. Los esclavos de anchas nalgas y cuerpo rubicundo se inclinaban absortos y abyectos sobre las redes, limpiándolas; las mujeres que lavaban la ropa empujaban sus palmas con energía sobre la colada; el viejo esclavo se inclinaba absorto a la orilla del agua, lavando los peces y los pulpos de la pesca. Y la mujer y el capataz lo vieron todo de un vistazo. También vieron, sentado al pie del árbol en las rocas de la península, al hombre extraño, silencioso y solo. Y el hombre que había muerto vio que hablaban de él. Desde el pequeño mundo sagrado de la península, miraba el mundo común y lo veía todavía hostil.

El sol tocaba el mar; a través de la pequeña bahía se extendía la sombra del promontorio jorobado opuesto. Sobre la playa de guijarros, ahora azul y fría en la sombra, la mujer mayor pisaba pesadamente, también en la sombra, para mirar los peces extendidos en la cesta plana del anciano agachado

a la orilla del agua: un viejo esclavo desnudo con caderas y hombros gordos, sobre cuyo suave cuerpo anaranjado y claro el último sol parpadeó y luego murió. El viejo esclavo continuó limpiando los peces absortamente, sin levantar la vista: como si la señora fuera la sombra del crepúsculo cayendo sobre él.

Entonces, desde la puerta, salieron dos esclavas con cestas planas en la cabeza, y de una cesta asomaban la jarra de terracota para el vino y la jarra para el aceite, ligeramente inclinadas. Sobre la masiva playa de guijarros, bajo el muro, llegaron las muchachas, y la mujer de Isis con su manto azafranado las siguió en el crepúsculo. En el mar, el sol aún brillaba. Aquí había sombra. La madre de cabeza gris estaba de pie a la orilla del mar y observaba a la hija, toda amarilla y blanca, con la cabeza rubia y parda, balanceándose sin ver y sin prestar atención tras las esclavas, hacia el cuello de roca de la península; la hija, viajando en su absorto otro mundo. Y sin moverse de su lugar, la madre anciana observó esa procesión de tres subir por la ladera del promontorio, entre los árboles, y desaparecer, encerrada por los árboles. Ningún esclavo había levantado la cabeza para mirar. La mujer de pelo gris todavía observaba los árboles donde su hija había desaparecido. Luego volvió a mirar al pie del árbol, donde el hombre que había muerto seguía sentado, ahora discreto, porque el sol lo había abandonado; y solo la lejana cuchilla del mar brillaba intensamente. Era el atardecer. ¡Paciencia! ¡Que el destino se mueva!

La madre caminó con paso pesado por la playa de guijarros: no largo y oscilante y absorto, como la hija, sino corto y decidido. Luego, por las rocas de enfrente, bajaron dos esclavos desnudos trotando con enormes fardos de un verde oscuro sobre sus hombros, de modo que sus anchas piernas desnudas centelleaban por debajo como patas de insectos, y sus cabezas estaban ocultas. Venían trotando por la playa, despreocupados y absortos en su camino, cuando de repente el hombre, el capataz de aspecto romano, se dirigió a ellos, y se detuvieron en seco. Permanecieron invisibles bajo sus cargas, como si pudieran desaparecer por completo, ahora que estaban detenidos. Luego, una mano salió y señaló la península. Entonces los dos esclavos cargados de verde siguieron trotando, hacia los recintos del templo. La mujer de pelo gris se unió al hombre, y lentamente los dos volvieron a pasar por la puerta, desde la playa del mar hasta la propiedad de la villa. Entonces el viejo esclavo de hombros gordos se levantó, pálido en la sombra,

con su bandeja de pescado del mar, y la mujer se levantó del estanque, oscura y viva, amontonando la ropa mojada en una pila sobre las cestas planas, y los esclavos que habían limpiado la red juntaron sus pliegues blancuecinos. Y el viejo esclavo con la cesta de pescado al hombro, y las esclavas con las cestas amontonadas de ropa mojada en la cabeza, y los dos esclavos con la red doblada, y el esclavo con los remos al hombro, y el muchacho con la vela doblada en el brazo, se reunieron en un grupo desnudo cerca de la puerta, y el hombre que había muerto oyó el bajo zumbido de su charla. Luego, mientras el viento soplaba frío, comenzaron a pasar por la puerta.

Era la vida del día pequeño, la vida de la gente pequeña. Y el hombre que había muerto se dijo: «A menos que la abarquemos en el día mayor, y situemos la vida pequeña en el círculo de la vida mayor, todo es desastre».

Incluso las cimas de las colinas estaban en sombra. Solo el cielo seguía radiante hacia arriba. El mar era una vasta sombra lechosa. El hombre que había muerto se levantó un poco rígido y se adentró en el bosquecillo.

No había nadie en el templo. Continuó hacia su guarida en la roca. Allí, los esclavos habían sacado el viejo brezo del lecho, barrido el suelo de roca y estaban extendiendo con esmero el mirto, luego el brezo más áspero, y luego las suaves puntas de brezo por encima, para una cama. Sobre todo pusieron una piel de buey blanca bien curtida. Las doncellas habían dejado cubiertas de lana dobladas en la cabecera de la cueva, y la jarra de vino, la jarra de aceite, una copa de terracota y una cesta con pan, sal, queso, higos secos y huevos estaban cuidadosamente dispuestas. También había un pequeño brasero de carbón. La cueva se llenó de repente y se convirtió en una morada.

La mujer de Isis estaba de pie en el hueco junto al diminuto manantial.

Solo un esclavo a la vez podía pasar. Las esclavas esperaban en la entrada del estrecho lugar. Cuando apareció el hombre que había muerto, la mujer despidió a las muchachas. Los esclavos varones todavía arreglaban la cama, haciendo el trabajo lo más largo posible. Pero la mujer de Isis también los despidió. Y el hombre que había muerto vino a ver su casa.

—¿Está bien? —le preguntó la mujer.

—Está muy bien —respondió el hombre—. Pero la señora, tu madre, y el que sin duda es el mayordomo, observaron mientras los esclavos traían los bienes. ¿No se opondrán a ti?

—¡Tengo mi propia porción! ¿No puedo dar de lo mío? ¿Quién va a oponerse a mí y a los dioses? —dijo ella, con una cierta furia suave, teñida de exasperación. De modo que él supo que su madre se opondría a ella, y que el espíritu de la vida pequeña lucharía contra el espíritu de la mayor. Y pensó: «¿Por qué la mujer de Isis renunció a su porción en el mundo cotidiano? ¿Debería haber guardado sus bienes ferozmente!».

—¿Comerás y beberás? —dijo ella—. Sobre las cenizas hay huevos calientes. Y yo subiré a la comida en la villa. Pero en la segunda hora de la noche bajaré al templo. Oh, entonces, ¿vendrás tú también a Isis? —Lo miró, y un extraño brillo dilató sus ojos. Este era su sueño, y era más grande que ella misma. Él no podía soportar frustrarla o herirla en lo más mínimo ahora. Estaba en el pleno resplandor del misterio de su mujer.

—¿Esperaré en el templo? —dijo él.

—Oh, espera en la segunda hora y vendré. —Oyó la súplica zumbante en su voz y sus fibras temblaron—. Pero la señora, ¿tu madre? —dijo él suavemente.

La mujer lo miró, sobresaltada.

—¡No me frustrará! —dijo.

Así supo que la madre frustraría a la hija, porque la hija había dejado sus bienes en manos de su madre, quien se aferraría a este poder.

Pero ella se fue, y el hombre que había muerto se recostó en su lecho, comió los huevos de las cenizas, mojó su pan en aceite y lo comió, pues su carne estaba seca; y mezcló vino y agua, y bebió. Y así permaneció quieto, y la lámpara producía un pequeño capullo de luz.

Estaba absorto y enredado en nuevas sensaciones. La mujer de Isis le parecía encantadora, no tanto en la forma como en el maravilloso resplandor femenino de su ser. Soles más allá de soles la habían bañado en un fuego misterioso, el fuego misterioso de una mujer potente, y tocarla era como tocar el sol. Lo mejor de todo era su tierno deseo por él, como la luz del sol, tan suave y quieto.

«Es como la luz del sol sobre mí», se dijo a sí mismo, estirando sus miembros. «Nunca antes había estirado mis miembros bajo un sol así, como su deseo por mí. El más grande de todos los dioses me concedió esto».

Al mismo tiempo, lo atormentaba el miedo al mundo exterior. «Si pueden, nos matarán», se dijo a sí mismo. «Pero hay una ley del sol que nos protege».

Y de nuevo se dijo a sí mismo: «He resucitado desnudo y marcado. Pero si estoy lo suficientemente desnudo para este contacto, no he muerto en vano. Antes estaba atascado».

Se levantó y salió. La noche era fría y estrellada, y de un gran esplendor invernal. «Hay destinos de esplendor», le dijo a la noche, «después de toda nuestra condena de pequeñez y mezquindad y dolor».

Así que subió silenciosamente al templo y esperó en la oscuridad contra el muro interior, mirando hacia una oscuridad gris, estrellas y bordes de árboles. Y se dijo de nuevo a sí mismo: «Hay destinos de esplendor, y hay un poder mayor».

Así, al fin vio la luz de su linterna de seda balanceándose, intermitente entre los árboles, pero acercándose rápidamente. Estaba sola y cerca, la luz rozando suavemente el borde de su manto. Y él tembló de miedo y de alegría, diciéndose a sí mismo: «Tengo casi más miedo de este contacto que de la muerte. Porque estoy más desnudo y expuesto a él».

—Estoy aquí, Señora de Isis —dijo suavemente desde la oscuridad. —
¡Ah! —gritó ella, también con miedo, pero en éxtasis. Porque estaba entregada a su sueño.

Ella abrió la puerta del santuario, y él la siguió. Luego ella volvió a cerrar la puerta con el pestillo. El aire dentro era cálido, cerrado y perfumado. El hombre que había muerto se quedó junto a la puerta cerrada y observó a la mujer. Ella había venido primero a la diosa. Y, débilmente iluminada, la estatua de la diosa se erguía avanzando, un poco temible como una gran presencia femenina que insta.

La sacerdotisa no lo miró. Se quitó su manto azafranado y lo dejó en un diván bajo. A la luz tenue, tenía los brazos desnudos, con su túnica blanca ceñida. Pero todavía se escondía de él. Él se mantuvo en la sombra y la observó avivar suavemente el brasero y arrojar incienso. Ténues nubes de aro-

ma dulce se elevaron en el aire. Se volvió hacia la estatua en el ritual de acercamiento, balanceándose suavemente hacia adelante con una ligera sacudida, como un barco amarrado, inclinándose hacia la diosa.

Él observaba a la extraña mujer absorta, y se dijo a sí mismo: «Debo dejarla sola en su éxtasis, en sus misterios femeninos». Así que ella se inclinó en su extraño ritmo de balanceo hacia adelante ante la diosa. Luego rompió en un murmullo de griego, que él no pudo entender. Y, mientras murmuraba, su balanceo se calmó suavemente, como un barco en un mar que se aquieta. Y mientras la observaba, vio su alma en su soledad y en su diferencia femenina. Se dijo a sí mismo: «¡Qué diferente es de mí, qué extrañamente diferente! Tiene miedo de mí y de mi diferencia masculina. Se está desnudando y limpiando de su miedo. ¡Qué sensible y suavemente viva es, con una vida tan diferente a la mía! ¡Qué hermosa, con un coraje suave y extraño, de vida, tan diferente a mi coraje de muerte! ¡Qué cosa tan hermosa, como el corazón de una rosa, como el núcleo de una llama. Se está haciendo completamente penetrable. ¡Ah! ¡Qué terrible sería fallarle, o invadir su espacio!».

Ella se volvió hacia él, con el rostro resplandeciente por la diosa. —¿Eres Osiris, verdad? —dijo ella ingenuamente.

—Si tú quieres —dijo él.

—¿Dejarás que Isis te descubra? ¿No te quitarás tus cosas?

Él miró a la mujer y perdió el aliento. Y sus heridas, y especialmente la herida mortal a través de su vientre, comenzaron a gritar de nuevo.

—¡Ha dolido tanto! —dijo—. Debes perdonarme si todavía estoy retenido.

Pero se quitó la capa y la túnica y se dirigió desnudo hacia el ídolo, con el pecho jadeante por el súbito terror de un dolor abrumador, el recuerdo de un dolor abrumador, y una pena demasiado amarga.

—¡Me mataron! —dijo a modo de excusa, volviendo el rostro hacia ella por un momento.

Y ella vio el fantasma de la muerte en él mientras estaba allí, delgado y desnudo ante ella, y de repente se aterrorizó, y se sintió robada. Sintió la sombra del ala gris y espeluznante de la muerte triunfante.

— Ah, Diosa — dijo al ídolo en la lengua vernácula — . Estaría tan contento de vivir, si me devolvieras mi pista.

Por ella, de nuevo se sintió desesperado, enfrentado a la demanda de la vida y todavía cargado con su muerte.

— ¡Déjame ungirte! — le dijo la mujer suavemente — . ¡Déjame ungir las cicatrices! ¡Muéstramelas y déjame ungirlas!

Olvidó su desnudez en este dolor antiguo reevocado. Se sentó en el borde del diván, y ella vertió un poco de ungüento en la palma de su mano. Y mientras le frotaba la mano, todo volvió, los clavos, los agujeros, la crueldad, la crueldad injusta contra quien solo había ofrecido bondad. La agonía de la injusticia y la crueldad lo invadió de nuevo, como en su hora de muerte. Pero ella frotaba la palma, murmurando: «Lo que fue rasgado se convierte en carne nueva, lo que fue una herida está lleno de vida fresca; esta cicatriz es el ojo de la violeta».

Y no pudo evitar sonreírle, en su ingenua absorción de sacerdotisa. Este era su sueño, y él era solo un objeto de ensueño para ella. Nunca sabría ni entendería quién era él. Especialmente nunca conocería la muerte que había ocurrido antes en él. Pero, ¿qué importaba? Ella era diferente. Era mujer: su vida y su muerte eran diferentes a las de él. Solo que era buena con él.

Cuando ella frotó sus pies con aceite y una curación tierna, muy tierna, no pudo evitar decirle:

— Una vez una mujer lavó mis pies con lágrimas, y los secó con sus cabellos, y derramó un ungüento precioso.

La mujer de Isis lo miró desde su trabajo diligente, interrumpida de nuevo.

— ¿Estaban heridos entonces? — dijo ella — . ¿Tus pies?

— ¡No, no! Fue mientras estaban sanos.

— ¿Y la amabas?

— El amor había pasado en ella. Solo advertía para servir — respondió él — . Había sido una prostituta.

— ¿Y dejaste que te sirviera? — preguntó ella.

—Sí.

—¿Dejaste que te sirviera con el cadáver de su amor?

—¡Ay!

De repente se dio cuenta: les pedí a todos que me sirvieran con el cadáver de su amor. Y al final solo les ofrecí el cadáver de mi amor. Este es mi cuerpo —tomad y comed— mi cadáver...

Una viva vergüenza lo recorrió. «Después de todo», pensó, «quería que amaran con cuerpos muertos. Si hubiera besado a Judas con amor vivo, quizás nunca me habría besado con muerte. Quizás me amaba en la carne, y yo quise que me amara sin cuerpo, con el cadáver del amor...».

Se le reveló la realidad del amor suave y cálido que está en contacto, y que está lleno de deleite. «Y les dije, bienaventurados los que lloran», se dijo a sí mismo. «¡Ay, si llorara incluso a esta mujer aquí, ahora que estoy en la muerte, tendría que permanecer muerto, y quiero tanto vivir! La vida me ha traído a esta mujer de manos cálidas. Y su tacto es más para mí ahora que todas mis palabras. Porque quiero vivir...».

—¡Ve entonces a la diosa! —dijo ella suavemente, empujándolo con delicadeza hacia Isis. Y mientras él estaba allí, aturdido y desnudo como un ser no nacido, oyó a la mujer murmurar a la diosa, murmurar, murmurar con una súplica lastimera. Ahora estaba inclinada, mirando la cicatriz en la carne suave de la cuenca de su costado, una cicatriz profunda y como un ojo dolorido por un llanto sin fin, justo en la suave cuenca sobre la cadera. Fue aquí donde su sangre lo había abandonado, y su simiente esencial. La mujer temblaba suavemente y murmuraba en griego. Y él, en la recurrente consternación de haber muerto, y en la angustiada perplejidad de haber intentado forzar la vida, sintió sus heridas gritar en voz alta, y los lugares profundos del cuerpo aullar de nuevo: «He sido asesinado, y me presté al asesinato. Me asesinaron, pero me presté al asesinato...».

La mujer, ahora en silencio, pero temblando, puso aceite en su mano y colocó su palma sobre la herida de su costado derecho. Él se estremeció, y la herida absorbió su vida de nuevo, como miles de veces antes. Y en el oscuro, salvaje dolor y pánico de su conciencia resonaba un solo grito: «¡Oh, cómo puede ella sacar esta muerte de mí! ¡Nunca podrá saberlo! ¡Nunca podrá entenderlo! ¡Nunca podrá igualarlo!...».

En silencio, ella frotó suave y rítmicamente la cicatriz con aceite. Absorta ahora en su tarea de sacerdotisa, suavemente, suavemente acumulando poder, mientras las entrañas del hombre aullaban de pánico. Pero a medida que acumulaba poder gradualmente y pasaba en un círculo a su alrededor hasta la cicatriz opuesta, gradualmente el calor comenzó a reemplazar el frío terror, y sintió: «¡Voy a estar caliente de nuevo, y voy a estar completo! Estaré caliente como la mañana. Seré un hombre. No necesita comprensión. Necesita novedad. Ella me trae novedad...».

Y escuchó el débil e incesante lamento de angustia de sus heridas, sonando como si fuera para siempre bajo los horizontes de su conciencia. Pero el lamento se estaba atenuando, cada vez más.

Pensó en la mujer que trabajaba sobre él: «¡Ella no sabe! No se da cuenta de la muerte en mí. Pero tiene otra conciencia. Viene a mí desde el extremo opuesto de la noche».

Habiendo frotado todo su bajo cuerpo con aceite, habiendo trabajado con su lenta intensidad de sacerdotisa, de modo que el sonido de sus heridas se hizo cada vez más tenue, de repente apoyó su pecho contra la herida de su costado izquierdo, y sus brazos lo rodearon, cubriendo la herida de su costado derecho, y lo apretó contra ella, en un poder de calor viviente, como los pliegues de un río. Y el lamento se extinguió por completo, y hubo una quietud, y una oscuridad en su alma, una quietud oscura e ininterrumpida, una totalidad.

Luego, lentamente, muy lentamente, en la oscuridad perfecta de su hombre interior, sintió el movimiento de algo que venía. Un amanecer, un nuevo sol. Un nuevo sol estaba naciendo en él, en la perfecta oscuridad interior de sí mismo. Lo esperó sin aliento, temblando con una temerosa esperanza... «Ahora no soy yo mismo. Soy algo nuevo...».

Y mientras se levantaba, sintió, con un frío aliento de decepción, que el cinturón de la mujer viva se deslizaba de él, que el calor y el resplandor se le escapaban, dejándolo desnudo. Ella se agachó, exhausta, a los pies de la diosa, ocultando el rostro.

Inclinándose, él posó su mano suavemente sobre el hombro cálido y brillante de ella, y la sacudida del deseo lo atravesó, sacudida tras sacudida, de

modo que se preguntó si era otro tipo de muerte: pero llena de magnificencia.

Ahora toda su conciencia estaba allí, en la mujer agachada y oculta. Se agachó a su lado y la acarició suavemente, a ciegas, murmurando cosas inarticuladas. Y su muerte y su pasión de sacrificio no eran nada para él ahora, solo conocía la plenitud agachada de la mujer allí, la suave roca blanca de la vida... «Sobre esta roca construí mi vida». ¡La roca profundamente plegada y penetrable de la mujer viva! La mujer, ocultando su rostro. Él mismo inclinándose sobre ella, poderoso y nuevo como el amanecer.

Se agachó hacia ella, y sintió el ardor de su virilidad y su poder elevarse en sus lomos, magnífico.

«¡He resucitado!».

Magnífico, ardiente, indomable en las profundidades de sus lomos, su propio sol amaneció y envió su fuego corriendo por sus miembros, de modo que su rostro brilló inconscientemente.

Desató el cordón de la túnica de lino y deslizó la prenda hacia abajo, hasta que vio el brillo blanco de sus pechos blanco-dorados. Y los tocó, y sintió que su vida se derretía. «¡Padre!», dijo, «¿por qué me ocultaste esto?». Y la tocó con la agudeza de la maravilla, y la maravillosa y penetrante trascendencia del deseo. «¡He aquí!», dijo, «esto está más allá de la oración». ¡Era el calor profundo e interplegado, calor vivo y penetrable, la mujer, el corazón de la rosa! ¡Mi mansión es la intrincada rosa cálida, mi alegría es esta flor!

Ella lo miró de repente, su rostro como una luz levantada, melancólico, tierno, sus ojos como muchas flores húmedas. Y él la atrajo a su pecho con una pasión de ternura y deseo consumidor, y el último pensamiento: «Mi hora ha llegado, me toma desprevenido...».

Así la conoció, y fue uno con ella.

Después, con un vago asombro, ella tocó las grandes cicatrices de sus costados con las yemas de sus dedos y dijo:

—¿Pero ya no duelen?

—¡Son soles! —dijo él—. Brillan desde tu antorcha. Son mi expiación contigo.

Y cuando salieron del templo, era la frialdad antes del amanecer. Al cerrar la puerta, miró de nuevo a la diosa y dijo: «He aquí, Isis es una diosa bondadosa; y llena de ternura. Los grandes dioses son de corazón cálido y tienen diosas tiernas».

La mujer se envolvió en su manto y se fue a casa en silencio, sin ver, meditando como el loto que se cierra suavemente de nuevo, con su núcleo dorado lleno de vida fresca. No veía nada, pues sus propios pétalos eran una vaina para ella. Solo pensaba: «Estoy llena de Osiris. ¡Estoy llena del Osiris resucitado!».

Pero el hombre miró las vívidas estrellas antes del amanecer, mientras llovían hacia el mar, y la estrella del perro verde hacia el borde del mar. Y pensó: «¡Qué plástico es, qué lleno de curvas y pliegues como una rosa invisible de apertura de pétalos oscuros que muestra dónde el rocío toca su oscuridad! ¡Qué lleno está, y grande más allá de todos los dioses. Cómo se inclina a mi alrededor, y yo soy parte de él, la gran rosa del Espacio. Soy como un grano de su perfume, y la mujer es un grano de su belleza. Ahora el mundo es una flor de muchas oscuridades de pétalos, y estoy en su perfume como en un contacto».

Así, en la absoluta quietud y plenitud del contacto, durmió en su cueva mientras llegaba el amanecer. Y después del amanecer, el viento se levantó y trajo una tormenta, con lluvia fría. Así que se quedó en su cueva en la paz y el deleite de estar en contacto, deleitándose en oír el mar, y la lluvia sobre la tierra, y en ver un narciso blanco y dorado inclinándose mojado, y todavía mojado. Y dijo: «Esta es la gran expiación, el estar en contacto. El mar gris y la lluvia, el narciso mojado y la mujer que espero, la Isis invisible y el sol no visto están todos en contacto, y en uno».

Esperó en el templo a la mujer, y ella vino bajo la lluvia. Pero ella le dijo:

—Déjame sentarme un rato con Isis. Y ven a mí, ¿vendrás a mí, en la segunda hora de la noche?

Así que él volvió a la cueva y yació en quietud y en la alegría de estar en contacto, esperando a la mujer que vendría con la noche y consumiría de nuevo el contacto. Luego, cuando llegó la noche, la mujer vino, y vino con gusto, pues su gran anhelo también estaba sobre ella, de estar en contacto, de estar en contacto con él, más cerca.

Así vinieron los días, y vinieron las noches, y vinieron los días de nuevo, y el contacto se perfeccionó y se cumplió. Y él dijo: «No le preguntaré nada, ni siquiera su nombre, pues un nombre la apartaría».

Y ella se dijo a sí misma: «Es Osiris. No deseo saber más».

La flor del ciruelo voló de los árboles, el tiempo del narciso había pasado, las anémonas iluminaron el suelo y se fueron, el perfume del campo de habas estaba en el aire. Todo cambió, la flor del universo cambió sus pétalos y giró para mirar hacia otro lado. La primavera se había cumplido, se había establecido un contacto, el hombre y la mujer se habían cumplido el uno del otro, y la partida estaba en el aire.

Un día la encontró bajo los árboles, cuando el sol de la mañana era cálido y los pinos olían dulce, y en las colinas la última flor de peral se esparcía. Ella se acercó lentamente hacia él, y en su suave demora, en su tierno retraimiento de él, él supo un cambio en ella.

—¿Has concebido? —le preguntó él.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Eres como un árbol cuyas hojas verdes siguen a la flor, lleno de savia. Y hay un retraimiento en ti.

—Así es —dijo ella—. Estoy encinta de ti. ¿Es bueno?

—¡Sí! —dijo él—. ¿Cómo no habría de ser bueno? Así el ruiseñor ya no llama desde el lecho del valle. Pero, ¿dónde darás a luz al niño, pues estoy desnudo de todo salvo de la vida?

—Nos quedaremos aquí —dijo ella.

—Pero la señora, ¿tu madre?

Una sombra cruzó su frente. No respondió.

—¿Qué pasará cuando lo sepa? —dijo él.

—Empieza a saberlo.

—¿Y te haría daño?

—¡Ah, a mí no! Lo que tengo es todo mío. Y estaré encinta de Osiris... Pero tú, vigila a sus esclavos.

Ella lo miró, y la paz de su maternidad estaba turbada por la ansiedad.

—¡Que no se turbe tu corazón! —dijo él—. Ya he muerto una vez.

Así supo que había llegado de nuevo el momento de partir. Se iría solo, con su destino. Pero no solo, pues el contacto estaría sobre él, incluso al dejar su contacto en ella. Y soles invisibles irían con él.

Sin embargo, debía irse. Porque aquí en la bahía, la pequeña vida de los celos y la propiedad retomaba su dominio, a medida que los soles de la apasionada fecundidad relajaban su influencia. En nombre de la propiedad, la viuda y sus esclavos buscarían vengarse de él por el pan que había comido y el contacto vivo que había establecido, la mujer en la que se había deleitado. Pero él dijo: «¡No dos veces! No profanarán ahora el contacto en mí. Mi ingenio contra el suyo».

Así que vigiló. Y supo que conspiraban. Así que se mudó de la pequeña cueva y encontró otro refugio, una diminuta cala de arena junto al mar, seca y secreta bajo las rocas.

Le dijo a la mujer:

—Debo irme pronto. Los esclavos me están causando problemas. Pero soy un hombre, y el mundo está abierto. Pero lo que hay entre nosotros es bueno y está establecido. Quédate en paz. Y cuando el ruiseñor vuelva a llamar desde tu lecho del valle, volveré, tan seguro como la primavera.

Ella dijo: —¡Oh, no te vayas! Quédate conmigo en la mitad de la isla, y construiré una casa para ti y para mí bajo los pinos junto al templo, donde podamos vivir apartados.

Sin embargo, ella sabía que él se iría. E incluso ella deseaba la frescura de su propio aire a su alrededor, y la liberación de la ansiedad.

—Si me quedo —dijo él—, me traicionarán a los romanos y a su justicia. Pero nunca volveré a ser traicionado. Así que, cuando me haya ido, vive en paz con el niño que crece. Y volveré: todo está bien entre nosotros, cerca o lejos. Los soles vuelven en sus estaciones: y yo volveré.

—No te vayas todavía —dijo ella—. He puesto a un esclavo a vigilar en el cuello de la península. No te vayas todavía, hasta que el peligro se manifieste.

Pero mientras yacía en su pequeña cala, en una noche tranquila y serena, oyó el suave golpeteo de los remos y el golpe de un bote contra la roca. Así que se arrastró para escuchar. Y oyó decir al capataz romano:

—Guíame suavemente a la guarida de la cabra. Y Lisipo arrojará la red sobre el malhechor mientras duermes, y lo llevaremos ante la justicia, y la Señora de Isis no sabrá nada de ello...

El hombre que había muerto captó un tufillo de carne de los esclavos aceitados y desnudos mientras se arrastraban, luego el tenue perfume del romano. Se arrastró más cerca del mar. El esclavo que estaba sentado en el bote permanecía inmóvil, sosteniendo los remos, pues el mar estaba completamente en calma. Y el hombre que había muerto lo reconoció.

Así que, desde la profunda hendidura de una roca, dijo con voz clara:

—¿No eres tú ese esclavo que poseyó a la doncella ante los ojos de Isis? ¿No eres tú el joven? ¡Habla!

El joven se puso de pie en el bote aterrorizado. Su movimiento hizo que el bote chocara contra la roca. El esclavo saltó con miedo salvaje y huyó por las rocas. El hombre que había muerto rápidamente agarró el bote, subió y se alejó. Los remos aún estaban tibios con el desagradable calor de las manos de los esclavos. Pero el hombre remó lentamente, para entrar en la corriente que bajaba por la costa y que lo llevaría en silencio. La alta costa estaba completamente oscura contra la noche estrellada. No había ningún destello desde la península: la sacerdotisa ya no venía de noche. El hombre que había muerto remó lentamente, con la corriente, y se rió para sí mismo: «He sembrado la semilla de mi vida y mi resurrección, y he puesto mi toque para siempre en la mujer escogida de este día, y llevo su perfume en mi carne como esencia de rosas. Ella me es querida en el centro de mi ser. Pero la serpiente de oro y fluyente se está enroscando de nuevo, para dormir en la raíz de mi árbol».

«Así que dejad que el bote me lleve. Mañana será otro día».

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB